

DANZA BAJO LA LLUVIA

ADRIÁN REAL





EDITORES

Danza bajo la lluvia

Cuentos y crónicas

Adrián Real

Adrian Real
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798768106461

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

UNA PALABRA DE AGRADECIMIENTO

La pandemia de los años 2020-21 significó un reto y una oportunidad. Se nos impuso cambiar los patrones que regían nuestras vidas, abandonar querencias y dejar amigos. También, nos vimos confrontados con deseos postergados. Teníamos ante nosotros una oportunidad única, no esperada. Prometía ser un receso lleno de posibilidades y promesas. Disponíamos de tiempo libre para realizar sueños recurrentes, proyectos abandonados, dedicarnos a construir memorias nuevas en familia. Uno de mis anhelos más acariciados, había sido escribir una serie de historias basadas en recuerdos y vivencias, que se me venían acumulando en el alma, llenándola de añoranzas y misterios.

Durante el año 2018, terminé un libro de crónicas personales, publicado bajo el sello de la Editorial Bubok, Madrid., llamado *Caminos Compartidos*. Al año siguiente, con la misma casa editorial, publiqué un opúsculo, *La Niña Que No Le Gustaba Su Cumpleaños*, libro infantil para colorear. Durante la primera década del siglo XXI, había organizado y terminado la escritura de varios libros de poesía: *Inicio del Fuego*, *Morada de la Memoria*, *Entre la Luz y el Viento* y *Libreta de Bocetos*, aun inéditos. A principios de este año publiqué en versión digital y papel, una selección de

esos poemas bajo el título: *Su Piel Nos Cobija*, con la editorial Amazon KDP. También, entregué a imprenta una novela basada en hechos reales, llamada *Furia en los cocotales*, que aparecerá próximamente.

El aislamiento para mí, venía demostrando ser fructífero. Bajo la coordinación del taller de escritura Corrección Perpetuum y de la Editorial La Sultana del Lago, presento el libro *Danza Bajo La lluvia, Cuentos y Crónicas*. Agradezco a todos aquellos que hicieron posible la aparición de este libro, su apoyo permanente. De manera muy especial, a mis hijos y nietos; a mi esposa y compañera, Coromoto Suárez Prince, por su aliento y paciencia, por prodigarme con generosidad, su amor y comprensión.

Adrián Real

Porlamar, Isla de Margarita

2021, segundo año de pandemia

Twitter: @realuis1

Instagram: @real.luisadrian

DEDICATORIA

*A mis hijos
Adrián Federico y Amelia Ailema
Gema Carolina y Orlando Enrique
Fernando Luis
Vanessa Carolina*

*“Ni siquiera le robe el espacio a la tierra.
Me enterraron en tu misma sepultura
y cupe muy bien en el hueco de tus brazos”*

Pedro Páramo

Juan Rulfo

México, 1917-1986

*“El lenguaje no es el traje
sino la reencarnación de los
pensamientos”*

William Wordsworth

1770-1850, Inglaterra

CUENTOS

¡DEME COBIJO, COMPA! ME VIENE PERSIGUIENDO

Llegó a mi casa demacrado. Se le veía en el rostro el cansancio producido por el viaje. Tenía los ojos extraviados, inquietos, con las pepas coloradas por la falta de sueño de la última jornada. El miedo se le reflejaba en su mirada cansada. No dejaba de escrutar el horizonte, como si temiera ver en los recodos del camino algo que lo acosaba con insistencia. Me contó que todo había empezado hacía ya un tiempo, lentamente, sin escándalo. Parecía que no pasaba nada. Muchos, me refirió, no lo creyeron. Siguieron con sus vidas como si no fuera con ellos. Fue creciendo lentamente, como crecen los ríos de la sabana en invierno; muchos en las ciudades enfermaron.

Les empezó despacito, una tosecita, una molestia, quizás una calentura de madrugada. «No es nada, mi compa; tómese un guarapito, descanse esta noche y verá que mañana ya estará mejor, se levantará alentao, ya verá», le decían los vecinos. Muchos no despertaban; otros acudían a los médicos para nada. Igual se morían; sin aire en los pulmones, desesperados por el ahogo, reventados. Se les veía el sufrimiento en la crispación de sus huesos, en lo flaco que llegaban al final de indecibles padecimientos. Llegó un momento en que no hubo como cuidarlos, los muertos no tenían urnas; hacían colas interminables en el

cementerio; se olía la dentina a muerte desde lejos. «Lo peor, compa, es que nadie los despide, no los acompañan a su entierro. A muchos los creman, sin una despedida, sin un adiós, un rezo o una plegaria de descanso. Después se agotaron los remedios, los médicos se quedaron en sus casas, ellos sabían que nada podían hacer por los enfermos. Ay, mi compa, qué desastre. La enfermedad es nueva, nadie sabe cómo combatirla, qué hacer por ellos. Lo mejor era aislarse en casa, evitar el contagio. No podíamos ni buscar alimento, buscar los churupitos para los hijos. Por eso salí de ahí, compa; me vine al campo. Salimos en una buseta; en el viaje se enfermaron los muchachos y la mujer, por atenderlos. Se fueron muriendo todos, uno a uno, a lo largo del camino. Los enterré lo mejor que pude, bajo los árboles que jallaba, en la sombrita, para que pudieran descansar lo más fresco que pudieran. Aquí estoy solo, compa, buscando su cobijo. Yo estoy sano, pero temo que me venga persiguiendo, que siga tras mis pasos buscando adonde acomodarse, para acabar conmigo»

Así me contaba mi compadre su sufrimiento, con la boca seca y el corazón en las manos. ¿Qué podía hacer yo? Él me había bautizado a dos de mis hijos, éramos amigos desde la infancia. Me le quedé viendo al rostro; le expliqué lo mejor que pude nuestra situación: sin comida, una gallinita flaca como nosotros y el maíz que no crecía debido a la sequía. Le hablé que no había trabajo y de este gobierno, que en vez de darnos nos quita. Lo mandé al rancho abandonado

de la comadre Pancha, detrás de la colina esa que se ve allá, a lo lejos; no lo he vuelto a ver desde entonces. De eso, ya hace un tiempo. La enfermedad llegó por estos lares, ha enfermado a muchos y como los encuentra débiles, se le hace fácil su exterminio, se los lleva rapidito. No sé qué pasó con mi compadre. Esto es un desastre. Mi mujer y yo seguimos aquí, esperando, a que ese bicho toque a nuestra puerta.

COVID LITERARIO

Era la primera vez que se reunían Roberto Fuentes, pintor expresionista, Carlos Altuve, poeta surrealista con tendencia a escribir al estilo de Oliverio Girondo, y Servando Suárez, eterno estudiante de la Escuela de Letras de la UCV. No se habían visto desde las parrandas de Fin de Año. Empezaba el 2020 con buenos augurios. Eran amigos desde el bachillerato, que cursaron en el Liceo Andrés Bello.

—¡Ariel, tres más, bien frías! Las últimas que trajiste les faltaban las presas —voceó alto Roberto, entre risas, al mesonero de Las Tres Gracias.

Los amigos que allí bebían, ya se habían bajado cerca de una caja de Polarcitas. Hacía calor y la situación lo ameritaba. Se sentían contentos, en ese bar encerrado, con el ruido de un aire acondicionado viejo, que hacía circular un soplo hediondo y húmedo.

—Hoy, mi editor, el de La Iguana Forrajera, me mostró la tripa de mi nuevo libro de poesía. Está quedando hermoso —les dijo Carlos Altuve, con orgullo.

—Será lo único bueno que tiene. Tus absurdos líricos te tienen el espíritu perturbado, le sacan lágrimas al más pintao. Yo creo que es el amor de Graciela. Estás confundido. Ese lirismo lastimoso, lo contamina todo —se burlaba a carcajadas, su compadre Servando, secundado por la risa estridente de Roberto.

—Les voy a regalar un libro y un pañuelo, pendejos —dijo Carlos, al momento de levantarse para ir al baño,

tenía la vejiga llena. Se sentía mareado y desde que despertó esa mañana, le dolía la cabeza. «Estás cervezas están piches», pensó con una sonrisa en su rostro. Él sabía que sus amigos se alegraban por su libro, pero les gustaba joderlo y esa era la forma que tenían de demostrarle su alegría. Aliviado, se lo sacudió y volvió a la mesa.

La conversación entre Roberto y Servando, había cambiado.

—La vieja la tiene muy grave, buscó la ayuda de un médico conocido, que le encontró cupo en el Hospital de Lídice. Ahí está ahora, le tiene que llevar desde el papel de baño hasta los alimentos. Lo que tiene es de cuidado; algo pulmonar, creo —comentaba con cara seria, Roberto.

—¿De quién hablan? Últimamente, uno ni al baño puede ir, porque alguien se muere; ¡qué ladilla! —Comentó curioso, Carlos.

—La mamá de Christian, está muy enferma, con esa gripe nueva que está dando, ¿No has oído de ella? —pregunto Servando, mientras se atusaba el bigote, mojado con la espuma de cerveza.

—Claro vale, nadie habla de otra cosa —respondió, acomodándose en su silla, sorbiendo con deleite la fría recién puesta.

—Coño, por supuesto; dicen que surgió en China, por comer murciélagos; son unos puercos, esos orientales. ¿Habrán lavado estos vasos? Ariel, tráenos la cuenta y tres más, las del estribo ¡sin vasos!, por favor, Arielito —ordenó, Servando.

—Paga tú, Roberto, yo estoy limpio y Servando como siempre, seguro no carga ni para el pasaje.

—Salir con ustedes sale caro; rajan caña y no tienen para la vaca. Bueno, nos vemos en el bautizo de tu libro; a ver si te chuleo un trago, para variar —le comentó con una sonrisa, Roberto a Carlos.

Pagaron la cuenta y salieron los amigos entre chanzas y risotadas, cada quien por su lado.

—Hasta luego, cuídense, la patria los necesita —dijo en voz alta, Servando, al alejarse.

—Adiós, Roberto. Gracias por la invitación, por allá estaré. Qué se repita.

—Adiós, Carlos, hasta luego.

La gripe evolucionó rápidamente, hasta convertirse en pandemia. El gobierno aisló a todos en sus casas, en lo que llamó una “cuarentena voluntaria”. Se cerraron las tiendas, centros comerciales, líneas aéreas; suspendieron las clases a todos los niveles, las bombas de gasolina dejaron de surtir combustible. Por supuesto, el bautizo del libro de Carlos quedó relegado al olvido. La gente estaba ocupada buscando comida y medicinas. Nada más les preocupaba o amenazaba de manera directa. La poca poesía que se promovía, era la de los grupos que la tenían secuestrada, los cenáculos de siempre.

Carlos, amaneció al día siguiente con el mismo dolor de cabeza y una diarrea que lo mantuvo en su casa todo el día. «Estoy salao, lo único que falta es que me cague un pájaro.», pensaba. Al día siguiente, se sintió un poco mejor y aprovechó para visitar galerías, lla-

mó a viejos conocidos de las escuelas de letras, librerías, promotores culturales y algunos renombrados, de esa nueva clase que llaman influencers; a todos les planteaba la necesidad que tenía de promoción, sus acuciantes apuros, quería dar a conocer sus textos líricos. Pero nadie podía ayudarlo; casi todos estaban en sus mismas condiciones: locales cerrados, desempleados y sin presupuesto para actividades no lucrativas. Esa noche la pasó de perros, con una persistente tos, el pecho trancado y una creciente dificultad para respirar. Amaneció postrado en su cuarto alquilado, donde vivía solo. Como pudo, llamó a Roberto para que lo acompañara al hospital, donde trabajaba un amigo médico, amante de la poesía, que a menudo lo acompañaba en sus encuentros en los bares de La Candelaria. Después de un breve examen, le aconsejó que debería quedarse hospitalizado para asegurarse una atención más estrecha y poder así, realizarle un despistaje del covid19, que se sabía era producida por una mutación nueva, más grave y contagiosa. También, le recomendó a Roberto aislamiento y que se cuidará, ya que había estado en estrecho contacto físico con Carlos y existía alta probabilidad de contagio. Si los resultados de los exámenes daban positivo al SARS-CoV-2, lo llamaría para realizarle pruebas adicionales. Carlos quedó hospitalizado, pensando que todas esas precauciones eran una exageración; ya se le pasaría ese ahogo que sentía. Pasó muy mala noche, no podía respirar y los niveles de oxigenación le descendieron a 83%, considerado crítico.

A las tres de la tarde del día siguiente, su amigo le comunicó, desde el hospital, que Carlos Altuve había muerto. La sangre se le congeló en las venas a Roberto, sobre todo porque había empezado a toser, con una extraña y persistente picazón en la garganta y un dolor de cabeza intermitente, que le preocupaba y le había quitado el sueño. Salió de urgencia al hospital, después de haber llamado a su amigo médico. Éste, apenas llegó, lo examinó y determinó que, efectivamente, se había contagiado con esa cepa virulenta y mortal. A los tres días falleció, aislado y solo, dentro de un cuadro de angustia, miedo y ahogo.

Servando entró en pánico; no podía creer que dos de sus amigos más cercanos, hubieran muerto en el lapso de dos semanas. Pensaba que también a él le tocaría. El ambiente cerrado de Las Tres Gracias, esa taguara de Los Chaguaramos, los había contagiado. Se aisló en su casa, no quería ver a nadie; no tanto para evitar contagiar a otros, sino para que no lo contagiaran a él, más de lo que ya estaba. En las noches, no podía conciliar el sueño y la comida que le preparaba su mujer no la probaba, sin apetito ni ánimo; su deterioro físico fue notorio. Nadie lo visitaba, ni se le desarrollaba la enfermedad. Moría lentamente de terror, inanición, agotamiento y desesperanza. Servando no podía escribir; recordaba los cuentos de Rulfo, Cortázar, Kafka o Ednodio Quintero; se le presentaban sus personajes, lo acosaban con tragedias inescrutables, absurdas y terribles. Se sintió un juguete del destino trágico, un pelele derrotado por

diminutos animalejos que lo devoraban de adentro hacia afuera, sin poder verlos, tocarlos o destripados como a otras alimañas de su cuarto. Servando no enfermó, no se murió en corto plazo, no padeció dolores o pasó por el terror de morir ahogado y sin aliento. Lo atacó otro tipo de enfermedad, más insidiosa, más ingrata y absurda: murió de miedo, encerrado en su cuarto, de debilidad y pánico.

La comunidad literaria del país, supo los alcances terribles de esa enfermedad que nos azotaba a todos, que había llegado cruzando mares y océanos, continentes y cielos; surgida por zoonosis, por el hambre acumulada de una sociedad antigua, miserable y oscura.

SCRIPTUS EVOLUTIO

Todos conocían bien a su dueño. Él los utilizaba para escribir sus novelas y relatos. Desde hacía muchos años convivían en la misma casa. Regularmente, Juan Marchand Villamediana, afamado catedrático de lenguas romances y escritor de escasa imaginación, escribía con ellos sus textos literarios. Eran siempre iguales, parecían siempre el mismo, sólo se diferenciaban por el nombre de los personajes, la hora del día o la ciudad donde transcurría su anodino argumento. Pero, aun así, se sentían orgullosos de las obras que habían ayudado a crear. Con cierta regularidad, Juan se sentaba frente a su computador, una laptop de última generación, a escribir sus relatos. Novelas con largas descripciones, ambientadas en parajes solitarios, donde transcurría una historia de amor imposible. Por lo regular, su argumento se desarrollaba por medio de soliloquios, dentro de una mente atormentada por amores contrariados; almas desgarradas por la incomprensión y el sufrimiento. La memoria de su computadora estaba repleta de esa prosa de lamentos y renunciaciones; dolor y soledad; impotencia y carencias.

En la quietud de las madrugadas, se iniciaban recurrentes intercambios entre la pluma fuente Parker de Juan Marchand, su vieja y olvidada máquina de escribir Remington y su flamante ordenador de palabras Apple. Un viejo lápiz Mongol, de gastado borrador, fungía de moderador. Ello, quizás, porque

a pesar de su edad, nunca lo habían relegado de un todo y de vez en cuando, lo utilizaba su dueño para escribir: notas de recordatorios, listas de compras o recados en hojitas amarillas que pegaba aquí y allá, para sí mismo.

—De todos nosotros, yo soy la que tiene una conexión más profunda con Marchand Villamediana. Él me utiliza para sus escritos más íntimos, para expresar sus sentimientos profundos, su amor y alegrías —decía, oronda, la pluma fuente Parker.

—¡Ja! —estallaba la orgullosa Apple—. Soy yo quien lo acompaña y le da forma a su pensamiento. Es a mí a quien confía sus más acuciantes ideas, sus dolores y sentimientos. Acepten el futuro y ábranle paso.

La vieja máquina Remington, relegada a un rincón de uno de los estantes, no intervenía en estos pleitos. Ella sabía que su tiempo de gloria ya había pasado. Hoy, sólo era un recuerdo, un objeto más de la biblioteca; un artilugio de nostalgia, relegado a servir de elemento decorativo. Su presencia les recordaba a todos, lo acendrado de la vocación de su dueño por la escritura. Era, a lo sumo, un soporte de libros, de esos que en algún momento de su vida ayudó a escribir. En su ama, sin embargo, anidaba el orgullo de haber producido facsímiles en papel, a diferencia de esa engreída “Apple de mierda” que solo guarda impulsos electrónicos.

—Tú sólo funcionas cuándo hay energía eléctrica; en esta época de apagones quedas muda e inservible. Deja la bomba, parásita energética —le espetaba la

Parker, mientras se dejaba oír un leve chirrido de teclas satisfechas en la biblioteca.

—¿Parásita, yo? —silbaba suavemente, la laptop desde el escritorio de Juan.— ¿Tú crees que no veo que sin tinta, no sirves ni cómo pisapapeles? ¡Chupa sangre, vampira! —exclamaba indignada, con su moderno seseo de ensueño.

El gastado lápiz de grafito Mongol, las oía; él sabía que tenía su vida contada. En cualquier momento Marchand Villamediana lo descartaría por uno nuevo y pararía en el cesto de la basura. Su estirpe estaba escribiendo desde hacía mucho tiempo y no había duda que así sería en el futuro.

—Dejen la peleadera —les reconvenía conciliador a sus rivales, —a fin de cuentas, todos estamos condenados a morir por el progreso. La más moderna, la Apple, dejará de ser útil en poco tiempo —le recordaba al resto, con un oculto sentimiento de venganza; en su fuero interno, sabía que él era el más longevo y que así seguiría siendo.

Ese día, al amanecer, Juan Marchand Villamediana se preparó un desayuno ligero. Después de haber tomado una larga ducha de agua tibia, se dispuso a escribir un artículo para una revista de literatura, acerca de la evolución de los medios de escritura: desde las Tablillas Sumerias de arcilla, pasando por el grabado en piedra, los nudos de los Incas, los papiros egipcios, la escritura sobre piel de carnero, hasta las modernas computadoras. A todos en la biblioteca se les heló la sangre. El tranquilo y predecible Juan, les narró

un futuro catastrófico: todos ellos estaban condenados. Los implantes biocibernéticos harían totalmente innecesario cualquier instrumento de escritura. Esos artilugios, plantados en los cerebros humanos, les darían conectividad instantánea con capacidades infinitas. En poco tiempo, no sería necesaria la escritura, sólo imaginación y voluntad. Esa noche, hasta la antigua Remington tuvo pesadillas de enormes y modernas instalaciones de destrucción de máquinas viejas. No hubo más polémicas, ni arrebatos de arrogancia. En la biblioteca de Juan Marchand Villamediana reinaba la tristeza y el desaliento.

MUERTE EN EL ANDÉN

La fantasía siempre estuvo presente en la vida de Armando Sempruni. Vivía sumido en mundos de ensueño. Tenía una incapacidad inveterada para entender las circunstancias de su existencia y lo que le rodeaba. Quizás por esto, creyó tener condiciones innatas para la escritura de ficción, inventar escenarios ideales; universos donde todo era perfecto y predecible, justo y bueno.

Había escrito ya una novela que tuvo baja acogida y en poco tiempo daría a imprenta otra de sus creaciones; pero, esta vez, se dijo a sí mismo, no permitiría que pasara desapercibida. Obligaría a todos a fijarse en él y en sus obras literarias. Resolvió, a fin de lograr sus propósitos de reconocimiento y fama, protagonizar un hecho trascendente, el mismo día que le entregaran su nuevo libro. Estaba convencido que, de esta manera, su gesto extremo lo pondría en el centro del mundo cultural venezolano.

Tuvo en cuenta dos factores para escoger cómo llevar a cabo sus propósitos: eficacia en la teatralidad de su acto y seguridad del resultado buscado. Decidió, después de mucho cavilar, que lo llevaría a cabo en la Estación Bellas Artes, en hora pico. Esto le daría exposición suficiente y dejaría claro su mensaje. Preparó un morral a su espalda, con sus dos obras publicadas: *Juerga entre Amigos* y *Cantos al Amanecer de un Nuevo Día*. Para mayor certeza del hecho y claridad de sus

propósitos, escribió en las páginas iniciales de ambas obras sentidos textos de despedida, donde explicaba sus propósitos y abría su alma a la vista de todos. Se imaginaba el revuelo en los blogs culturales, los corrillos de amigos, grupos de intelectuales, quienes ponderarían su gesto de suprema valentía y audacia. Una sonrisa le iluminó el rostro y se disiparon en él, dudas y temores.

Al fin, llegó el día tan esperado. Todo lo tenía bien dispuesto: visitó a su madre, una anciana señora que no llegó a sospechar porqué lo emotivo de su despedida; habló con amigos cercanos, que vieron en él una actitud nueva, más segura; la mujer que amaba, sintió renovar sus sentimientos hacia Armando, por su comportamiento resuelto y mirada profunda.

Llegó a la estación del Metro al mediodía. Como de costumbre, a esa hora era alta la afluencia de pasajeros. Buscó el andén con rumbo a Sabana Grande y esperó pacientemente a que apareciera el tren de pasajeros. Por lo general, su velocidad era mayor al entrar en la estación; buscó allí un lugar, a la orilla del foso de los rieles. Vio las luces reflejadas en los mosaicos de la última curva de acceso; sintió la corriente de aire fresco que arrastraba a su llegada. Respiró profundo y saltó, cuando estuvo cerca. Sintió un fuerte golpe y pensó: «Este es el precio para lograr mi entrada en la Historia».

Meses después, durante un operativo de limpieza de los túneles del Metro, un obrero encontró, dos estaciones más allá, un morral rasgado, con los restos

mojados en aceite y agua, de lo que parecían dos libros viejos; los tiró en la bolsa de basura y siguió con sus labores.

#AREÓPAGOCIBERNÉTICO

Santiago Guevara había tenido una mala noche. Le costó conciliar el sueño, perturbado con visiones continuas que lo inquietaban y despertaban con dolores en el cuello y un sabor amargo en la boca. Una antigua conquista, menor de edad, lo había llamado durante toda la semana, amenazándolo con exponer a la luz pública sus amoríos pasados. Le reclamaba que él hubiera dejado de verla y no estar cumpliendo su promesa de apoyar su carrera literaria. A ella le gustaba la pinta de Santiago; lucía como un intelectual iconoclasta: pelo largo, rubio, con una poblada barba que le otorgaba un aire rebelde, de luchador inconforme. Su fama era extensa: había ganado un importante premio otorgado a uno de sus ensayos. Acudía frecuentemente a la radio a hablar de noveles autores, libros de moda. Daba sesudas opiniones, argumentadas y coherentes, sobre temas de actualidad cultural y literaria.

Santiago y su conquista mantuvieron un escabroso romance por largo tiempo. Eran frecuentes sus prolongados encuentros sexuales, en el apartamento de él. Esa noche había resuelto hablar con ella; quería convencerla de no airear sus problemas en las páginas de internet que fueron abiertas para denunciar casos de abusos de menores. La opinión pública nacional estaba muy sensible y alerta, desde que apareció el movimiento llamado #metoo, donde se exponían a

poderosos hombres que, prevalidos de su posición, abusaban de mujeres débiles.

El mundo se le vino encima a Santiago la mañana siguiente, cuando en las páginas principales de internet, vio su nombre en una denuncia postada por una mujer joven, oculta tras el seudónimo de @sugarlady. La denuncia enseguida disparó las alarmas. Se produjo un incendio voraz en las redes. Los chispazos iniciales alcanzaron talla de verdaderas llamas, cuando el propio Santiago reconoció los hechos. Creyó, que ese gesto audaz y sincero, lo protegería de la maledicencia de la mayoría. Viejos amigos y colegas, denostaron de su ídolo; le endilgaron motivos innobles, de poseer una moralidad falsa y depravada. Santiago, veía crecer en su contra esa amenaza; desesperado, pedía a quienes todavía le prestaban oídos a sus palabras, que reflexionaran en los sucesos y circunstancias: ¿Quién era la tal @sugarlady?, ¿Por qué aparecía años después de los sucesos narrados?, ¿Qué edad tenía en aquel momento?, ¿Cuál era su desarrollo personal, madurez y vivencias? La mujer, en sus declaraciones, no ocultó su ambición de reconocimiento como escritora. Confesó estar convencida de que su estrecha amistad con Santiago, le daría entrada a selectos círculos intelectuales capitalinos. Guevara, leyó asombrado el lenguaje soez y vulgar que ella utilizó para describir sus encuentros, narrados de manera gráfica y descarnada. Las razones que él lograba hilvanar, sin embargo, no justificaban los hechos, ni aminoraba la gravedad de su abuso.

Santiago, de acosador sexual devino en acosado. La indignación en su contra no cesaba; se le retiraron honores, premios y amistades. Se exigía su defenestración inmediata. La emocionalidad que envolvía su caso lo perseguía. Su trabajo, lugares de reunión y vivienda, fueron constantemente sitiados por violentos y disgustados ciudadanos, autoerigidos en guardianes de las buenas costumbres y la moral pública.

Su final se hizo predecible. En una ocasión, llena de insultos y violencia, cerca de su casa, una turba enardecida persiguió al atribulado Santiago, quien dio un traspiés y pegó la cabeza contra el filo de una acera. Fue conducido a Emergencia, después de permanecer desmayado y bañado en sangre, sin recibir auxilio, tirado sobre un charco de agua sucia. Murió en el Hospital Pérez de León, abandonado y execrado.

Las investigaciones adelantadas por los órganos de justicia determinaron, que la madre de la joven anónima, adulteró la Partida de Nacimiento de su hija. En realidad, tenía diecinueve años al momento de su aventura.

SUEÑOS DE CATANIA

—El Proceso le ha prestado la mayor atención a este aspecto. Confiamos que tenemos a todos nuestros ciudadanos ocupados, sin tiempo ni voluntad para hablar de política —decía, hinchando el pecho de satisfacción y orgullo, el General Cárdenas.

—Mire usted —informaba al Ministro de la Suprema Felicidad, Eloy Soñero —Fíjese cómo sólo están atentos a sus puestos en la fila y terminan agradecidos por lo que les damos. Siempre tenemos buen cuidado de disponer de menor cantidad de raciones que personas; así, los forzamos a fijar su atención en las colas de suministro y contamos con su colaboración y agradecimiento. El que proteste, en seguida lo arrestamos, acusado de traicionar al Pueblo. Fíjese lo contentos que parten —remataba con una amplia sonrisa en el rostro el General Mayor Eutimio Cárdenas, encargado de la distribución de los alimentos en la República Libre de Catania.

La cúpula dominante estaba firmemente asentada en el poder desde hacía veinte años y se aprestaba a celebrar la importante fecha. Todos los visitantes, así como numerosos delegados extranjeros, se habían hecho presentes en representación de los países miembros de la Liga de las Repúblicas Libres del Sur.

Para recibirlos, se emprendió un programa de inversión pública muy extenso que, estaban seguros, colocaría a Catania en el puesto de preeminencia que

le correspondía. Estaba centrado en construcciones masivas de hospedajes para los mandatarios extranjeros y sus delegaciones, un moderno centro de convención y una sala de prensa de última generación, que asegura la amplia difusión de las deliberaciones programadas; también contempla la pintura y embellecimiento a todo lo largo de las avenidas por donde transitarán los visitantes extranjeros.

—Hay que asegurar buenas tomas para las noticias, debemos resaltar el progreso logrado durante las últimas dos décadas. Es fundamental la difusión del evento y la correcta y justa reseña de los beneficios obtenidos por el pueblo. El Palacio de la Verdad Soberana, centralizará las comunicaciones oficiales, tendrá conexión satelital instantánea con los centros de difusión acreditados. Un pequeño ejército de comunicadores, debidamente preparados, estará encargado de redactar los boletines de noticias que se difundirán con libertad absoluta, a todos los rincones y pueblos del mundo. Pretendemos dar así una lección de dignidad a aquellos que sostienen que Catania es una dictadura hegemónica con vocación de permanencia —sentenciaba, mientras hinchaba el pecho cubierto de relucientes medallas.

Eloy Soñero, escuchaba las explicaciones del funcionario con rostro serio; de vez en cuando asentía, con una sonrisa esquiva que, quizás a un observador avezado, le hubiera parecido desdeñosa; él conocía los resortes del poder, sus engaños y vericuetos. Con los años, sin embargo, una sensación de derrota le había crecido, poco a poco, en su pecho.

Desde muy joven tuvo grandes sueños y deseos de justicia. Peleó con convicción por el triunfo de El Proceso y trabajó por su éxito. Pero, no podía negar que el Pueblo los odiaba, que solo unos pocos privilegiados habían mejorado en sus vidas; obtenían prebendas que les eran vedadas a la mayoría, que se hallaban condenados al desamparo y al hambre constante. Los habitantes de Catania perdían peso, morían esperando cupo en los hospitales; medraban en un país sin oportunidades, ni sueños. Él lo sabía, como funcionario de confianza del Régimen.

Durante las noches, se despertaba empapado de sudor, atormentado por terribles pesadillas, en las cuales se veía corriendo, mientras era perseguido por un monstruo sin ojos, de cuencas vacías, que quería engullirlo en su Despacho del Ministerio de la Suprema Felicidad del Pueblo.

—Observé el monumento que erigimos en honor de nuestro líder. Está mirando al cielo infinito, a su azul profundo, destino de su preclaro pensamiento. ¿Qué le parece, no es precioso? —Eloy, asentía de manera automática. Él también, después de veinte años, se había acostumbrado a aprobar todo lo que tenía que ver con El Proceso. Últimamente, no se reconocía por la mañana frente al espejo, cuando se atusaba el bigote que lo distinguía. Esa visión especular, alimentaba al monstruo que lo devoraba de madrugada, que lo perseguía mientras él huía sudoroso y lívido, de terror y asco.

Tenía que encontrarle una salida a su tragedia ¿Cómo denunciar la creación de un sistema político de control

y sometimiento, al mismo tiempo de garantizar, para él y su familia, seguridad, estabilidad financiera y la vida misma? La solución la halló en un antiguo conocido del Departamento de Estado, viejo agente de la CIA. Logró, por su intermedio, negociar un trato de impunidad y asilo con la DEA, a cambio del suministro de información incriminatoria en contra de importantes miembros de la cúpula del gobierno y de los carteles de poder dominantes.

Días antes, había terminado su extensa carta de renuncia. Tardó escribiéndola largas y extenuantes jornadas, llenas de dudas y náuseas. Contenía un alegato indiscutible de errores y omisiones, traiciones y engaños. Se bañó y sacó de su escaparate el traje de civil, negro cerrado, con olor a naftalina, que hacía tanto tiempo no usaba. Se sentó nuevamente frente a su computadora y tras breve reflexión, pulsó la tecla enviar, con las pruebas incriminatorias prometidas, a la dirección de correo electrónico que le habían suministrado. Guardó en su equipaje el pequeño pendrive y se dirigió al aeropuerto, con la excusa de realizar un corto viaje recreacional a Aruba, con su familia. Allí, lo esperó una aeronave del gobierno norteamericano, que lo condujo a un lugar secreto, donde rendiría testimonio.

En el avión de la DEA, un sentimiento de satisfacción lo había invadido, dándole alivio. Se sintió complacido y alegre de su astucia y de los acuerdos alcanzados con los gringos, que le permitirían conservar la mayor parte de su fortuna, a buen resguardo en cuentas numeradas, dispersas por el mundo.

Se miró al espejo antes de salir del baño de la aeronave. El terror lo invadió, cuando vio, reflejado a sus espaldas, al monstruo de cuencas negras insondables.

NOS ABANDONARON LOS DIOSES

Se habían acostumbrado a vivir al aire libre, al descampado. Desde que los sucios hombres barbados llegaron a sus tierras, abandonaron su pueblo para luchar contra ellos. Cada noche, acampaban en lugares diferentes. Buscaban la protección de los bosques para guarecerse.

—Guaicay, busca un lugar donde pasar la noche. Pídele permiso a los árboles para que nos resguarden de peligros —le decía Chimán, Cacique Carinha, al valiente guerrero, explorador de la tribu.

Guaicay sabía dónde hallar claros en el bosque de guamos y ceibas; cómo limpiarlos con resinas para espantar hormigas y arañas. Buscaba dormir bajo las frondas que utilizaban los araguatos, que les avisarían cuándo se acercaran los soldados con armas de fuego y petos de cuero y hierro, que sus dardos y flechas no penetraban. Podía oír desde lejos a los enormes perros, asesinos entrenados para destrozarlos a dentelladas. Guaicay sabía cómo guarecerse y mantenerlos a salvo. Los miembros de su tribu lo respetaban, porque escogía los mejores lugares para descansar al abrigo de los viejos árboles. Avanzaba con cuidado, borrando el rastro, cubriendo las huellas de sus pasos.

—Acarantair, ven, recuéstate a mi lado, dame cobijo —así decía, Guaicay a su mujer, que con ellos viajaba.

Ella acudía a sus brazos fuertes; le daba compañía, consolaba su alma.

—Duerme, Guaicay, duerme, amor mío, descansa —le decía, mientras observaba el brillo de los ojos de los tigres, en la noche cerrada, bajo el dosel del cielo estrellado.

Eran pocos, no más de treinta: guerreros jóvenes y fuertes, mujeres y algunos niños. Viajaban rumbo a lo profundo de los bosques, huyendo de la crueldad del hombre blanco y su dios envuelto en sangre, que los perseguían sin descanso.

Al despuntar del día, los despertaba el canto de los pájaros y los gritos roncós de los monos. Comían lo que hallaban en el bosque: raíces, jugosas frutas, flores frescas y dulce agua. A veces, panales repletos de miel, defendida por fieras avispas. Reanudaban su huida sin descanso. A lo lejos, veían las hogueras del campamento de los invasores y escuchaban los ladridos de sus fieros perros mastines.

Chimán, joven y fuerte, observaba a lo lejos, con la fiera y la resolución reflejada en sus ojos oscuros. Él sabía que en algún momento los alcanzarían. No podían huir de sus caballos, esas enormes y poderosas bestias que los perseguían a través de descampados y llanuras. No podían desprenderse de sus grandes perros, que no perdían el olor de sus pisadas, No encontraban protección de sus serpientes de fuego, que les abrían el pecho con sus llamas. Él lo sabía y esa certeza se reflejaba en su mirada y en la dureza de su alma.

—Debemos proteger a las mujeres y los niños —decía, Chimán.

—Si, debemos —asintieron todos los guerreros reunidos a orillas del río.

—Guatopo y dos guerreros, los de más edad y experiencia, irán, con las mujeres y niños, hacia la profundidad de los árboles sin fin, para buscar la protección de nuestros hermanos, que allí viven. Llévense los alimentos que tenemos, para que no pierdan tiempo buscando que comer. Viajen siempre en dirección contraria a la corriente de los ríos. Ellos los conducirán al cobijo impenetrable de los árboles. Allí, no los podrán perseguir con sus bestias de muerte —así les decía—. Guaicay y el resto, guerreros jóvenes y sanos, vendrán conmigo. Iremos en el sentido de las corrientes, hacia el mar. Viajaremos por los surcos empedrados, por donde viaja el agua, de noche, así no nos perseguirán en sus bestias, ni podrán hallarnos sus perros. El agua apagará sus serpientes de fuego y no podrán darnos alcance —les decía a sus guerreros, que asentían serios.

—Esta noche hablaremos con los dioses para que nos den fuerza y limpien nuestra senda de peligros —decía a los guerreros, al momento de entregarles hongos milagrosos, a cada uno de ellos.

Pasaron la última noche juntos, envueltos en visiones de campos verdes, donde retozaban alegres en compañía de sus mujeres e hijos, bajo el cálido sol que los alumbraba.

Al despuntar del día, se alejaron en direcciones contrarias, llenos de fe en lo acertado de lo que habían resuelto.

—¡Jolines! Estos salvajes creen que se burlaran de nosotros. La voluntad de Dios ha dispuesto su vasallaje

y haremos cumplir sus designios. ¡Dividámonos! Una partida de a pie, comandada por el Capitán Gutiérrez, y tres perros, perseguirá a los que se dirigen al sur, hacia los bosques. El resto, los de a caballo, con los restantes perros, conmigo; enrumbaremos al norte, hasta darles alcance. Vosotros, partiréis hoy mismo. Terminemos con estos salvajes, lo más rápido posible. ¡Ala, partid de una vez! —ordenaba tajante el Comandante Aguirre de Antúnez a sus tropas.

—Dividid el bastimento. Daros prisa —conminaba, ansioso, a sus aguerridos castellanos.

—Enseguida, Comandante. —Haced como se os ordena. Apuraos, démosles captura —ordenaba Gutiérrez, perentorio a sus hombres.

A la partida que se dirigió al sur, la alcanzaron después de dos jornadas. Las habilidades de Guatopo no pudieron evitar el desenlace. Las mujeres, niños y viejos, avanzaban con dificultad en los espesos matorrales de las sabanas. Los vieron mientras se bañaban en las pozas de un río. No les fue difícil apresarlos. Obligaron a las mujeres a folgar con ellos, hasta que saciaron su apetito por la carne morena y fresca de las indefensas mujeres. A los varones, jóvenes y viejos, los mataron con las espadas. Las mujeres sobrevivientes, fueron conducidas de vuelta al campamento de los castellanos, a ver que disponía su Comandante, Aguirre de Antúnez.

Los guerreros que se dirigieron al norte, no tuvieron mejor suerte. Decidieron enfrentar entre los árboles de un bosque de galería a los guerreros castellanos.

Chimán, apostó a sus hombres entre los árboles, para evitar las maniobras de los poderosos caballos; ordenó a sus guerreros emitir su ensordecedor chivateo, para confundir a perros y hombres, mientras blandían sus poderosas macanas. Sin embargo, de nada sirvió su valor y estrategia. Los fieros indígenas, pelearon con valor suicida. Un disparo de arcabuz alcanzó al Cacique y regó su sangre indómita sobre los matorrales del río. Entre los perros, los arcabuces y al grito de «¡Santiago y cierra, España!» fueron masacrados sus leales y valientes guerreros.

—¿Por qué nos abandonaste? —le reclamaba Guaicay a su Dios, mientras yacía, bañado en sangre, herido de muerte.

Los perros se encargaron de destripar a los caídos. El garrote vil y la estaca, terminaron la matanza impía.

—¡Anna karinha rote, aunucón paparoto mantoro itoto! ¡Sólo el Caribe es hombre, los demás son esclavos!

—resonó, por última vez, el fiero grito guerrero de los orgullosos Caribe, sobre las sabanas de su tierra.

DANZA BAJO LA LLUVIA

Guaramay sabía qué esperaba su tribu de él. Estaba consciente de su poder y ascendencia. Podía convocar la lluvia, hacer crecer la simiente, debilitar a sus enemigos que los acechaban y deseaban sus riquezas y mujeres. Guaramay conocía las raíces, los poderes ocultos en las cortezas de los árboles y de las flores; conocía dónde moraban los espíritus de los dioses que protegían y propiciaban la vida. Podía alejar los males producidos por las mordeduras de las víboras, espantar enfermedades y domar la muerte. Su padre le enseñó de muy joven los secretos de las plantas, el poder mágico del ensueño producido por el canto y la danza. Podía descender a los abismos oscuros de los muertos, donde moran sus antepasados, que apartan pesares y le dan dones de esperanza.

La lluvia se había alejado de sus tierras y los campos estaban secos; Tal era su desesperación, que se habían comido parte de las semillas almacenadas. El hambre y la muerte los acechaba. Todos confiaban que él trajera la lluvia otra vez de vuelta, que mojara las sabanas y llenara las quebradas; que el color de las flores les alegrara una vez más el espíritu y alejara el llanto.

Guaramay, tras hundirse el sol en el mundo oscuro de la noche, salió de su choza, rodeado de sus mujeres y de sus hijos. Danzaría sin descanso, en honor a sus antepasados; los llamaría para que hablaran con Kúway, Dios del Agua y de la Lluvia. Él les otorgaría

una vez más su favor y les concedería el poder de la vida nueva. Llegaría a Él por medio de Odosha, Diosa del Ensueño, único medio conocido para alcanzarlo y pedirle su intervención en la tierra. Se alistó; tomó los brebajes que había preparado con raíces y plantas secretas, y se dispuso a bajar a las profundidades oscuras, donde moran los espantos. Pasó toda la noche danzando, acompañado por el canto cadencioso y continuo de sus hijos y hombres viejos de la tribu, que se turnaban para no interrumpir el vínculo con sus ancestros y sus dioses. Las flautas, hechas con cachos de venado, lo acompañaban al ritmo de maracas de capacho, mientras se extraviaba, presa de visiones extremas y terribles. Al amanecer del nuevo día, extenuado, sintió que no tenía fuerzas para abandonar esos reinos encantados y oscuros de las sombras. Guaramay cayó al suelo, muerto; no sin antes, percibir las primeras gotas caídas del cielo, que golpeaban su rostro viejo y maltrecho.

IARACURÍ, TIERRA DE MAGIA

Pompeyo Rodríguez se levantaba cada mañana antes de que despuntara el sol sobre el Valle del Río Cenizo, para agradecerle a las ánimas del bosque y a las flores por un nuevo día. Era un hombre muy respetado en su comunidad y por conocidos, quienes le admiraban su gran sabiduría y dones, sobre fuerzas desconocidas y espíritus de la montaña.

Las serranías de Yaracuy son lugares llenos de magia. Antigua tierra de los indios Iaracurí, llenas de leyendas, bosques embrujados, morada de antiguos dioses y bellas mujeres; el explorador Welser, Nicolás de Federmann, la llamó El Valle de las Damas. Es hogar de la Reina María Lionza, Soberana de la montaña de Sorte; lo cruza la serranía de Urachiche y Cocorote; refugio de esclavos cimarrones asentados en las poblaciones de Farriar y Camunare, orgullosos de su herencia libertaria.

En la Quebrada de Guaremal, cercana a Yaritagua, nacen numerosas fuentes de agua que forman pozas cristalinas llenas de leyendas. Allí, arriba en la montaña, vive Don Pompeyo, rodeado de sus hijos y vasta prole. Cuando lo conocí tenía una edad indefinida, cercana a los ochenta años; pelo lacio, blanco, sobre los hombros, ojos azules, intensos. Al emerger de la Poza de Las Mariposas, después de sus baños de despojo, mostraba un cuerpo musculoso, enjuto y fuerte. Era un sabio de la palabra, nos congregábamos a su

alrededor para escuchar sus anécdotas y las fantásticas leyendas locales.

En compañía de mi esposa acostumbraba visitarlo. Como no había carretera, llegábamos a su modesta vivienda por sobre el cauce del río. Aprovechábamos de ir en verano, durante los periodos de escaso caudal, sobre el somero flujo de sus aguas cristalinas que bajaban serenas de las tierras altas. Era frecuente encontrarse grupos de personas haciendo ofrendas en las aguas, a los espíritus del monte. Siempre he sido renuente a estas prácticas esotéricas; mi escepticismo agnóstico incluye cualquier rito religioso. Sin embargo, por curiosidad, en ocasiones nos deteníamos a ver estas extrañas ceremonias, acompañadas de aguardiente claro, que avivaban las llamas y de lecturas de tabacos, abiertos como flores, para vislumbrar el futuro.

Para subir hasta la casa de Don Pompeyo, utilizábamos una camioneta pick-up. En una ocasión, a pesar de mis precauciones, nos atascamos en un profundo charco del cual me fue imposible salir; mientras más lo intentaba más me hundía en el blando lecho. Un amigo que tenía un 4x4 nos dio auxilio, intentó sacarnos con ayuda de un mecate doble, para aumentar su fortaleza. El viejo mecate se rompió en varias ocasiones. Frustrado y furioso por mi torpeza, le pedí que me acercara hasta el pueblo.

—Es inútil, dame la cola hasta Yaritagua, para buscar una grúa. La camioneta se hunde cada vez más. ¡Qué ladilla! —le comenté.

En ese momento, vimos acercarse a Don Pompeyo, quien quiso ver qué estábamos haciendo. Venía majestuoso, a pesar de su aspecto humilde.

—Amarren otra vez el mecate a los parachoques. No es necesario que lo pongan doble, déjenlo sencillo. Jalen suavemente —nos dijo, en voz baja y calmada.

Amarramos la camioneta una vez más. Para ese momento, el mecate estaba deshilachado, corto y lleno de nudos, debilitado por nuestros intentos anteriores. Pero le hicimos caso al viejo sabio. Lo fijamos por los extremos al parachoques del jeep que nos estaba ayudando y al chasis de la camioneta. Sin esfuerzo alguno, sin patinar ni romperse, la logramos sacar al primer intento, de su tumba de barro blando. A partir de ese día, creció mi respeto por las artes desconocidas de los habitantes de las montañas de Yaracuy. Cada vez que vuelvo a ellas, vemos que nos acompañan grandes mariposas azules, que vuelan en círculo alrededor nuestro, camino al hito que marca la morada última y mágica de mi amigo.

PÁRAMOS ENCANTADOS

Don Pedro de Jesús Olivares es un respetado miembro del poblado La Escasez, en el alto y escondido páramo de Cendé, en el Estado Trujillo. Arriba en la montaña, hay pequeñas corrientes de agua cristalina y fría, que llenan las lagunas de la zona. Los estrechos valles y colinas están cubiertos de pajonales y arbustos leñosos perennes, típicos del área andina. Don Pedro cuida sus ovejas, que pastan en épocas de invierno, en esos altos y gélidos páramos. Ocasionalmente, lo asiste su nieto, Joseíto Olivares, quien lo cuida y ayuda a recuperar sus ovinos perdidos, en los amplios y solitarios espacios, solo habitados por vientos y espantos.

Don Pedro sabe que arriba en el páramo no está solo. Puede presentir la presencia de otros seres. Espíritus que gustan de hacerle perder su senda; contrariar la percepción que él tiene del tiempo. En ocasiones, cuando inicia su ascenso, desde el pueblo de Carache, al pie del Parque Dinira, se extravía en sus parajes. En esas ocasiones, puede durar hasta seis horas para llegar a su casa, resguardada detrás de una loma, entre un pequeño bosque de eucaliptos, acacias y pinos. A veces, tarda más de diez horas, atravesando colinas y hondonadas donde antes no había obstáculo alguno. Por lo regular, solo necesita un poco más de una hora, hasta que divisa el humo producido por el fogón de su vivienda. En épocas de vacaciones, le pedía a su nieto

que lo acompañara en las labores de pastoreo; pensaba que él no era seducido por el canto áulico del viento entre los árboles y rocas. Joseíto podía mantener su paso seguro, evitar las sendas engañosas que se abrían para perderlo entre esos descampados solitarios.

Para guiar su camino, empezó por dejar marcas, señales con rocas, hitos en las trochas inciertas y bifurcaciones engañosas. La montaña fue cada vez más suya; rara vez se extraviaba en esa maraña de cruces de sendas, talladas sobre la piel vegetal por sus animales y bestias realengas. Se sentía seguro durante las tardes, entre la espesa niebla que todo cubría, excepto a sus señales pétreas. Las seguía, con la seguridad de que lo conducirían a los corrales de su humilde choza, al calor de su fuego de leña. Ya llevaba caminando más de diez horas y el manto blanco de niebla no se apartaba. Se decía a si mismo «ya llegaremos; falta poco». Duró caminando horas y horas. No sentía el cansancio; no tenía sed, no requirió alimento. Había seguido sus hitos, sus marcas de piedra, sin arribar a ninguna parte. Después de un largo trecho, vio unas praderas verde esmeralda, luminosas, cursadas por límpidas aguas. Extrañó que lo llamaran por su nombre, cuando a nadie conocía por esos lares; sin embargo, sus rostros le recordaban amigos y familiares ausentes. Su nieto, que lo precedía en el camino de regreso a su casa, notó la ausencia de su abuelo y se devolvió a ver por donde andaba; lo consiguió en una bifurcación del sendero, hacia las cumbres nubladas, recostado de un montículo de piedras, con un plácido semblante en su distendido y arrugado rostro.

NO DEJARÉ QUE ME ARREBATE LOS SUEÑOS

—No sólo quiero oír tu voz. El único deseo que tengo es de ti, por entero —dice Emiro, apasionado por el teléfono.

—Cuánto quisiera yo, amor mío. No te imaginas cómo quiero que tú estés aquí, conmigo —suspira Eloísa, con voz ronca, al otro lado de la línea.

—No sólo son tus palabras; es tu cuerpo, tus caricias y besos, los necesito. Eso lo sueño de día y madrugada. A toda hora te imagino —replicó él, entrecortado.

—Sí, lo sé. Yo también espero acariciar tu carne, sentir tu calor y fuerza. Ésta forma de comunicarnos me enerva y exaspera. ¿Cuándo vas a venir a mis brazos? ¿Cuándo calmaras mis ganas? —casi suplicante, susurraba ella.

—Pronto, amada, pronto; debemos tener un poco más de paciencia.

Emiro y Eloísa empezaron a amarse desde la primera vez que supieron uno del otro. Eloísa supo de su condena, a través de un programa de ayuda a presidiarios, conducido por su Iglesia. Empezaron a escribirse y desde allí nació una relación que a ambos enloquecía. Era constante su anhelo de mutua compañía. Nadie entendía esa sed que los consumía en desesperanza y deseo insatisfecho. Sus diálogos, a través del teléfono de la prisión, eran explícitos y permanentes.

—Consiga que me liberen pronto. No soporto un día más este encierro —le dijo Emiro a su abogado, el Dr. Carmona; chaparro y calvo, un viejo y experimentado litigante en materia penal.

—Tenga un poco más de paciencia. Pronto el Juez del Tribunal dictará sentencia y ésta, seguramente, será absolutoria. Así, me lo ha asegurado el Juez en persona. He hecho todo lo que ha estado a mi alcance para conseguir una sentencia favorable a su caso. Tenga paciencia —el doctor Carmona, se secaba la frente con un pañuelo arrugado que extrajo de uno de los bolsillos de su saco. En ese sótano de la prisión el calor lo sofocaba y ahogaba.

Emiro lo miraba con los ojos ansiosos, como buscando la seguridad que él no tenía. Ya llevaba más de diez años encerrado por un crimen violento, cometido durante el asalto a una joyería en Sabana Grande. Lo atraparon infraganti, por lo que le dieron una condena de quince años. Estaba pronto a ser liberado, acogándose a los beneficios de reducción de pena contemplada en la ley. Ingresó a la iglesia cristiana del Pastor Inciarte, por recomendación de uno de sus compañeros de celda.

—Mira, Emiro —le había dicho, su compañero de encierro —aquí tenemos que aprovechar todo lo que nos ofrecen. Ven a las charlas del Pastor, ya verás los beneficios. Al menos comerás muchas cosas buenas que ellos acostumbran traer, para celebrar cumpleaños y fiestas especiales; además, los otros presos te respetarán más, por ser cristiano.

En las reuniones de la Iglesia, conoció a Eloísa. Ella siempre venía a la prisión en compañía del Pastor. Desde el primer momento que se vieron, algo irresistible e inexplicable surgió entre ellos. Conversaban durante largo tiempo, se rozaban las manos y podía sentir su piel tersa y fresca. Respiraba su aroma de mujer de deseos y promesas. Su sonrisa era franca y amorosa. Empezaron a comunicarse por teléfono. Primero, a través de un celular que le facilitaba uno de los internos y, después, por uno de los números fijos de la prisión, que alquilaba a los guardias.

—Hola muñeca, ¿Cómo estás? —le decía Emiro, apenas oía su voz lejana.

—Hola, mi amor. ¿Cómo amaneciste? Soñé contigo. No pude dormir en toda la noche, solo pensando en ti y en la falta que me haces —le susurraba ella, con esperanzas no dichas, empapadas de misterios y secretos.

El sueño de Emiro también se vio perturbado por visiones de pasión desenfrenada. Su figura de diosa se le aparecía borrosa en sueños; la veía, desnuda y tibia entre sus brazos, suplicando por más besos en sus adoloridos y jugosos labios. Tenía que salir de allí. Estaba enloqueciendo. Llegó diciembre, y al fin el día en que el Dr. Carmona le comunicaría la decisión del Tribunal. El calor y la sensación de sofoco en el sótano de la prisión era más agobiante que de costumbre. El abogado, continuamente, se secaba el sudor que bajaba por su rollizo rostro.

—El Tribunal negó tu liberación temprana —le dijo—. Decidió retenerte un año más, dada la gravedad de

los hechos y atendiendo las sugerencias de la parte acusadora. Emiro, entiende —le dijo, mirándolo a sus ojos exorbitados, sobre el lívido rostro—. Hubo dos muertos y varios heridos; uno de ellos, era policía. El Fiscal se opuso. De nada valieron mis alegatos y pedidos. Lo siento, de veras, Emiro. Deberás tener un poco más de paciencia. Me prometió revisar tu caso de nuevo, el año entrante.

Emiro sintió que perdía sustento. La tierra cedió bajo su cuerpo y cayó derrumbado sobre la mesa, sin fuerzas. Todas sus ilusiones de estar, al fin con Eloísa, se desvanecieron; su corazón, parecía que le estallaba en el pecho. La sangre se agolpó en su cabeza y perdió el juicio. En su afiebrada mente, culpó al Dr. Carmona. Él le aseguró que todo saldría bien. ¡Cómo era posible! Un año más en esa pocilga inmunda. Estar alejado de su tierno sueño; ese abogaducho le había hecho creer que todo estaba arreglado, que pronto saldría; que estaría libre para empezar una vida de felicidad y amor al lado de su Eloísa. No le permitiría que le arruinara sus planes. Lleno de ira se abalanzó contra el rechoncho doctor Carmona. Lo derribó y con las dos manos estrelló, repetidas veces, su calva cabeza contra el sucio piso del sótano de la prisión. Cuando pudieron dominar a Emiro, ya el Dr. Carmona estaba muerto.

ARREBATO MÍSTICO

Inocencio García siempre mantuvo una conducta recatada y de rechazo hacia lo pecaminoso. Desde niño, su madre, de profundos pensamientos religiosos, le había inculcado temor y vergüenza por todo lo que consideraba impuro. Estaba permanentemente atormentado por sentimientos de culpa y arrepentimiento que, a menudo, lo perseguían y torturaban. Últimamente, le costaba mucho controlar sus nuevas y desconocidas urgencias corporales, que aparecían y lo asaltaban de repente, sin que él pudiera rechazarlas o ponerles freno. Sensaciones que lo rebasaban y aturdían. Inocencio, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de no fallar en sus propósitos de castidad y pureza, apegado a las férreas exigencias que había hecho suyas.

Hacía poco había empezado a trabajar como repartidor a domicilio en una farmacia; era un trabajo modesto, de horario exigente. Para hacer los repartos utilizaba una motoneta, con la que evitaba el tráfico de la ciudad y los problemas de estacionamiento. Este trabajo lo ayudaba con los gastos de sus hermanos menores y los de su madre viuda, que carecía de protección social o fortuna.

Casi siempre, los pedidos de medicinas eran los mismos: calmantes de malestares menores, gripes, dolores de cabeza o lumbago, reguladores de la tensión, control glicémico y otros quebrantos comunes. Ese

viernes, había transcurrido como de costumbre. Inocencio se esmeraba por brindar el mejor servicio, ya que las propinas de sus clientes, le daban la posibilidad de comprarle chucherías a sus hermanitos: «¡y cómo han subido, qué bárbaro!», pensaba. Haría el último reparto de ese día; estaba cansado y quería llegar a su casa para ver, en la sala junto a su familia, los programas de televisión preferidos por todos.

—Ino, lleva este pedido camino a tu casa. Es para Rutiliano Cárdenas, el cantante; tiene una fiesta en su residencia y parece que se está poniendo buena. No tardes —le dijo el Dr. Rodríguez, dueño de la botica.

—Con mucho gusto, doctor. Después sigo directo a mi casa. Hasta mañana —dijo, despidiéndose con una sonrisa. La lista del pedido para el cantante incluía preservativos, sildenafil, desinfectante cutáneo, vaselina, lubricantes vaginales y pastillas para el dolor. «qué pedido más raro», pensó el muchacho, cuando guardó la gran bolsa, en la caja de reparto de su motoneta.

La casa del artista quedaba en una colina, apartada de la ciudad, rodeada por grandes áreas de árboles y grama, con una piscina alumbrada y un caney donde se encontraban los invitados. Tocó el timbre y espero que le respondieran

—¿Quién es? —preguntó, una voz gangosa de hombre.

—Farmacia El Recreo.

—Pasa adelante. Llévelo hasta el caney, al fondo —se abrió la reja, que le dio entrada al muchacho.

Inocencio pasó adelante y se encaminó al fondo del patio, donde oía una salsa cabilla; pudo distinguir a

las parejas bailando, bañándose entre risas o sobre grandes muebles reclinables a orillas de la alberca y bajo los árboles. Vio que varias parejas se besaban, otras frotaban sus cuerpos sin pena ni recato. Una pareja en la orilla de la alberca practicaba cunnilingus mutuo. Sus ojos no le daban crédito a lo que veían.

—¿Vienes de la farmacia? —Oyó que le preguntaba una voz a sus espaldas.

—Sí, Señor —respondió, posando su mirada en el famoso salsero de moda: Rutiliano Cárdenas en persona. Tenía asidas por el talle a sendas mujeres, como esas que el pobre Inocencio solo había visto de soslayo en revistas pornográficas. Las mujeres le sonrieron lascivas y aquiescentes.

—¿Cuánto te debo? Puedo pagarte en dólares o por telepago, ¿Cómo prefieres?

—Son ochenta y cinco dólares, señor —dijo Inocencio, sin poder despegar los ojos de los senos turgentes de la morena. La otra, lo miraba con picardía, disfrutando de su turbación extrema.

—Ya vengo. Cuiden a este muchacho. Cuidado con una vaina —dijo, Rutiliano, mientras caminaba hacia el interior de la casa, adonde fue a buscar el pago.

Apenas el cantante dio la espalda, las dos mujeres, desvergonzadas y atrevidas, tomaron posesión del pobre Inocencio. Lo tocaron, le susurraron groserías, propuestas indecentes, se estrujaban contra el bulto que le crecía indetenible entre sus piernas, le hurgaban con sus lenguas los oídos, mientras sus manos impúdicas y osadas lo sobaban con descaro. Todos sus sentidos

fueron asaltados sin piedad: oídos, olfato, tacto y probó el sabor de sus lenguas mendaces y dulces, que lo enervaron y transportaron a zonas desconocidas y prohibidas. Inocencio sintió que un escalofrío tibio nacía en su nuca y terminaba en su entrepierna, los muslos le temblaban con espasmos involuntarios. Creyó que así debieron ser los arrebatos místicos de Santa Teresa: totales y envolventes. Se sintió transportado a regiones nuevas de indescriptible lascivia, de las cuales no quería, ni podía salir. Experimentó múltiples eyaculaciones: algunas de las miles contenidas y acumuladas en sus entrañas, consiguieron salir expulsadas con violencia y placer extremo de su excitado y triunfante cuerpo. Creía que iba a desmayarse. Una y otra vez fue conducido a esas ignotas y alucinantes regiones, nunca antes descubiertas y de las cuales no lograría prescindir en el futuro.

—¡Mierda, carajito! ¿Te caíste en la piscina? Estás todo mojado. Coño, ustedes sí son putas. Dejen quieto a ese pobre muchacho. Toma, quédate con el vuelto y sal de aquí. Date por bien servido —oyó lejana la voz sarcástica de Rutiliano Cárdenas.

LÁGRIMAS BENDITAS

La primera vez que llovió ese invierno se sintió extraño. Las gotas dolían en la piel, penetraban en la carne como aguijones. Al principio, alarmados buscamos cobijo bajo los aleros de las casas. Pensábamos que allí estaríamos seguros. Luego, nos percatamos de que los pozos de agua horadaban las platabandas, seguido de un goteo persistente que nos hería al tocarnos. Descubrimos que era inútil refugiarnos; todo lo taladraba de manera inexorable. La gente se veía por las calles cubiertas de llagas, que rápidamente se infectaban, debido a las moscas y alimañas. Nadie entendía de dónde había surgido ese poder corrosivo de la lluvia. Los más perjudicados eran los pobres. Sus precarias viviendas tenían techos de zinc, que eran abiertos como mantequilla por un cuchillo caliente.

Al principio, la atmosfera alrededor del mundo reflejó diferentes tonalidades que a muchos gustaron. Tonos dorados, verde esmeralda y plateado intenso. Todos lo observábamos con sonrisas de deleite en el rostro. Hasta que se precipitó la primera lluvia.

—Corran, corran; refugiémonos aquí, bajo este alero —gritó desesperada Josephine Lusêk, a su esposo y dos hijos—. En Suecia, conocida por su limpia atmosfera y lo estricto de sus medidas en pro del medio ambiente, se sentían, como en el resto de países, los estragos producidos por los abusos cometidos al ambiente.

—¡Déjame ver tus heridas! Te llegan muy adentro. Se te ve el hueso. Dios mío, ¿Qué está pasando? —le comentaba Josephine angustiada a su esposo—. Podía ver a sus vecinos y amigos, buscando afanosamente un refugio, sin esperanza de encontrar ninguno.

Era inútil, la Lluvia Corrosiva todo lo envolvía y destruía a su paso. A todo lo ancho y largo del mundo se había presentado el mismo fenómeno; con las primeras precipitaciones de temporada se hizo presente. No había forma de detenerla, de contener su poder destructivo, de desconcierto y sufrimiento. La desesperación y la angustia nos envolvía a todos. Nadie estaba exento de ser quemado. En todo momento el miedo era la única respuesta.

Las Naciones Unidas, a través de su Programa para el Medio Ambiente, convocó un congreso extraordinario. Los rostros consternados de los representantes de todos los países de la Tierra, daban cuenta de la seriedad del momento. Habían sido llamados con carácter de urgencia, para evaluar y acordar medidas que enfrentaran la emergencia. En todo el mundo, sin excepción de continente o país alguno, la lluvia llegaba como un ácido corrosivo, que lo destruía todo. Sus deliberaciones empezaron de inmediato.

—Doy la bienvenida a todos los representantes de las naciones amigas. Estamos aquí para discutir la difícil situación surgida —así se dirigía a la Asamblea, el Honorable Mr. Skhabatta Nomutta, Presidente de Kenia, país anfitrión—. Tiene la palabra la Representante de la India, Ms. Shing.

Habían asistido todas las naciones. Estaban agrupadas por regiones, niveles de desarrollo, filiación política, religiosa y raza. Una variedad de intereses había mantenido muy lentos los avances de los diferentes tratados en este foro mundial. Pero, con la aparición reciente de la Lluvia Corrosiva, la dinámica de los acuerdos tomó nuevo impulso. Se nombró un Panel de Expertos, conformado por los mejores científicos del mundo entero: universidades, centros de alto renombre, especializados en el monitoreo de la atmosfera; agencias gubernamentales para seguir el comportamiento de las nubes con modernos satélites. Nadie escatimó esfuerzos. Se puso a disposición de la Asamblea de Naciones lo más avanzado y las mentes más talentosas, especialistas en el estudio de fenómenos catastróficos.

—Gracias, Señor Presidente —dijo Ms. Shing, mientras se aclaraba su grácil garganta reseca— Mi país suscribe la Declaración de Buena Voluntad que ha sido propuesta a ésta Asamblea y que guiará nuestra participación en la urgente búsqueda de soluciones a esta terrible amenaza que se cierne sobre la vida en la Tierra. Debo informar que, la India ha sufrido con el inicio de la temporada de monzones, de manera terrible. Comunidades enteras han perecido, atravesados sus cuerpos por los torrenciales aguaceros. Los muertos llenan ciudades, ya han aparecido problemas sanitarios y otras enfermedades, que se suman al sufrimiento del pueblo. La India pone a disposición de las investigaciones, la totalidad de sus recursos y talentos. Muchas gracias.

Los asambleístas recibían con beneplácito todas las manifestaciones de apoyo y buena voluntad; pero, no era momento de golpes publicitarios, ni giros efectistas, sino de soluciones reales.

—Tiene la palabra Mr. Chang, Representante de la RP de China.

Los intérpretes se turnaban en sus labores, para poder mantener la comunicación en los idiomas oficiales de la Asamblea.

— Gracias, Sr. Presidente, la RP China reporta las mayores pérdidas debido a la alta densidad poblacional de sus ciudades. Estamos alarmados y consternados. Sabemos que lo mismo ocurre en todos los otros países de la Tierra. Abrimos nuestros archivos científicos, ponemos a la disposición de todos nuestros técnicos atmosféricos, a los especialistas en el desarrollo de materiales y a nuestros mejores ingenieros. Integraremos, desde ya, los equipos multidisciplinarios, para encontrar las medidas de urgencia necesarias para paliar los efectos de esta gravísima amenaza. Muchas gracias.

Así se sucedían, delegación tras delegación, de USA, Alemania, Rusia, Islandia, Australia, Francia, Brasil. Todos, sin distinción, estaban allí, colaborando con amplitud y angustia, ante la novísima amenaza que a todos concernía y afectaba.

Las lágrimas brotaron de todos los habitantes de la Tierra. Del sufrimiento y del llanto constante de más de siete millardos de personas surgió un descubrimiento asombroso. El primer indicio, fue que el agua

de mar neutralizaba el poder corrosivo de la lluvia. Sin embargo, ésta perdía su capacidad de protección, al ser extraída del océano. Se determinó que también las lágrimas lograban neutralizar los efectos de la nueva amenaza debido a su salinidad y origen orgánico.

La difusión de estos descubrimientos, trajo inconvenientes nuevos. Se produjo una migración masiva y desordenada hacia las costas. Pronto, se hizo evidente que las orillas de los mares no eran suficientes para darle cabida a todos. Se empezaron a vender nichos en el mar a precios exorbitantes. Surgieron desarrollos bajo el agua, construcción de cúpulas protectoras subacuáticas; las viejas escafandras de buceo lograron renovada importancia; surgió toda clase de nuevos artilugios. Innumerable chatarra costosa e inútil. Los inescrupulosos aprovechaban para medrar del miedo ajeno.

Animados por el deseo de conseguir una cura, se abrió una página en internet, donde se permitía que todos postearán sus ideas y poder así compartir propuestas nuevas, por descabelladas que parecieran. Surgió toda clase de propuestas: desde una migración masiva al Himalaya, por sobre el nivel de las nubes, hasta viajes selectivos a la Luna. Otros, proponían el desarrollo de comunidades bajo tierra, fuera de los dañinos efectos de la lluvia. Unos pocos, exhibiendo su sentido práctico, estaban a favor del desarrollo a bajo precio de respiradores, para adaptar la vida a una existencia subacuática. Pero estas soluciones lucían insuficientes, lejanas y costosas.

La solución más adecuada, vino del lugar menos esperado. Una joven estudiante de un país caribeño, la propuso. A través de una corta nota, que pudo haber pasado inadvertida, de no ser por los millones de ojos que buscaban en internet una respuesta al drama atmosférico. Ella había calculado que, diariamente de los ojos de todos los habitantes de la Tierra, brotaban cerca de nueve millones de litros de lágrimas. Este torrente de sufrimiento era suficiente como para producir cientos de millones de toallitas húmedas, que protegerían a todos, hasta que la atmosfera se limpiara. Parecía una posible solución al drama de la amenaza caída del cielo; la China y la India, junto al resto de los demás países, procedieron a construir instalaciones industriales para ponerla en práctica.

Surgió un problema imprevisto. Mucha gente, ante las perspectivas de su pronto enriquecimiento y debido a la solución inminente del problema, dejaron de llorar. Se le secaron los ojos a la mayoría y las fábricas no tuvieron como humedecer las toallitas curadoras, por escases de materia prima.

Esto, le dio inicio a la etapa más inesperada y cruel de nuestro drama. Los tribunales, jueces y gobernantes, acordaron encerrar a los violadores de las leyes en instalaciones donde se les inducía el llanto. No acatar la luz roja en un semáforo, lanzar una toallita al piso, hasta los crímenes más atroces, se castigaban en cámaras especialmente diseñadas para infligir dolor y sufrimiento. Se dispusieron locales para recolectar lágrimas, por medio del dolor o de la risa. Era curioso

ver sillas, una al lado de la otra, donde se lloraba o reía, mientras se recolectaban lágrimas, a dos dólares la onza. Risa y dolor al mismo precio.

Finalmente, la atmosfera se limpió y dejó de precipitarse el atroz ácido. Los gobiernos respiraban aliviados. Se había superado la emergencia. Los problemas de la gente volvieron a ser los de siempre. El Programa del Medio Ambiente de las Naciones Unidas volvió a lo suyo: cuidar la salud de los arrecifes y ver que los glaciares no disminuyeran.

—The meeting is adjourned —pudo declarar aliviado, con un firme martillazo sobre el podio, el Presidente kenyata Skhabatta Nomutta.

¿QUÉ DIRÁN LOS VECINOS?

—No es solo lo que dirán; es que nos podemos meter en un gran problema policial —dijo el hijo mayor, Marcos.

La hija, hipeaba, bañada en lágrimas.

—Se fue sin saber que yo estaba aquí, a su lado; pobrecita. Ha de haber pensado que estaba sola en esta casa aislada y triste, donde la mantuvimos escondida, apartada de todos; y solo por razones económicas, vergüenza y descuido; se fue muriendo de a poquito, todos los días. ¡Ay, qué dolor, dios mío!

—Caramba, Consuelo, no pienses en ello. Mamá hace meses que estaba fuera de este mundo. No sabía de ella; ni de su nombre se acordaba —afirmaba, enfático Roberto, el menor de la familia—. A pesar de su edad, siempre fue el que mejor pensaba, el profesional entre ellos. Pudo graduarse de Sociólogo y había trabajado en Washington, en un centro de desarrollo adscrito a la OEA. Perdió su trabajo y vivía en el país, desempleado, con pocas perspectivas; conservaba, sin embargo, su porte de funcionario exitoso.

Desde que su madre enfermó, los hijos discutían qué hacer con ella. Se había contagiado con una bacteria que al principio le ulceró la carne; luego, por descuido y desconocimiento médico, se le alojó en el cerebro y fue perdiendo las facultades cognitivas, el habla y el control de todos sus miembros y funciones.

Marcos, cuidaba de la pequeña empresa agrícola que

su padre les dejó a su muerte, años atrás. La empresa no prosperaba, producía escasa renta, apenas para cubrir los gastos y las necesidades de su familia.

—Debemos calmarnos y pensar qué vamos a hacer. Las leyes no nos permiten que dispongamos de su cadáver con libertad; y menos aun estando contagiada de esa bacteria tan insidiosa que le invadió todo su cuerpo, devorándola viva en poco menos de dos meses — sostenía Roberto, de manera calmada y asertiva.

—Sí, Roberto, pero no podemos descartarla como un perro, en cualquier agujero que abramos en el patio. ¡Tiene que descansar en un lugar consagrado y seguro, coño! — decía enfática, Consuelo, con el rostro descompuesto.

—La podemos llevar a la finca. A ella le gustaba mucho Las Lapas, junto al río, bajo las matas de mango. ¿Qué les parece? —propuso, esperanzado, Marcos. Pensaba que ese lugar era el más apropiado y seguro. Claro, el problema era cómo llegar hasta allá, sin que los descubrieran las autoridades; además, tendrían que mantenerlo en secreto de los peones de la finca.

—Tenemos que actuar con responsabilidad. Esa enfermedad de mamá es muy peligrosa y contagiosa. Si llega a infectarse el río, la cagamos. Se morirían las bestias, el ganado y cuanto cristiano se bañe allí. Pero, cualquiera que sea nuestra decisión debemos resolverlo rápido. Ya tiene más de un día de fallecida y todavía no sabemos qué hacer. No puede pasar de hoy. Además, tenemos que quemar su ropa, sábanas, cobija y hasta el colchón. ¿No será mejor llamar a una funeraria? Ellos saben qué hacer —insistía, Roberto.

—Ya averiguamos. La más baratica, nos cobraría cerca de diez mil dólares. Tendríamos que vender la finca y en esta época no nos darían nada. Además, ese es un proceso, no es de hoy para mañana. ¡Decídanse! —urgía Marcos, mirándolos a todos, con rostro adusto. Se resistía a vender Las Lapas, único sustento de la familia.

La verdad es que nadie sabía qué hacer. La virulencia bacteriana, las condiciones económicas de la familia, el marco jurídico y la postración económica del país, reducía las opciones. Entre todos, finalmente, resolvieron llevar adelante la solución que les pareció más adecuada, económica y segura: la enterrarían en el patio de su casa. Resolvieron hacer una tumba de cinco metros de profundidad, vaciar alrededor del cuerpo tres sacos de cal viva y cubrir todo, con una mezcla cargada de cemento. El colchón, ropa de cama y los enseres de su madre, los empaparían de alcohol absoluto. Consuelo, llorando accedió al macabro plan con la condición de que la enterrarán con su Biblia, santificada por el Obispo, entre los brazos de su querida madre.

Marcos, debido a su costumbre de realizar trabajo físico, se encargó de cavar la profunda tumba; mientras que Roberto, por medio de sus contactos, logró acumular cerca de quince litros de alcohol antiséptico. Consuelo, entre lágrimas y rezos, pudo envolver a su mamita en un plástico negro y amarrarla con tirro. Para mayor seguridad y evitar el contagio, se cubrió las manos y brazos con guantes de hule y utilizó mascarilla.

—Bueno, ya está todo terminado ¿Quién va a santificar la ceremonia? ¿Quién encomendará su alma al

Descanso Eterno? Hazlo tú, Consuelo, eres la que más sabe de estas cosas —sugirió Roberto.

Consuelo no pudo emitir ningún sonido. Sintió que la lengua se le había soldado al paladar, impidiéndole pronunciar palabra alguna. Esta condición le duró el resto de su vida, fue secándose, poco a poco, como un arbolito, al que le hubieran cortado las raíces. Marcos, perdió su porte erguido y orgulloso, se convirtió en un hombre desaliñado, en una sombra oscura de sí mismo. Roberto, se retiró solo a la Finca Las Lapas, donde mora como un espanto en constante pena.

CARDIOIDES: EMBRIONES DE CORAZÓN

La vida de Roney Moriellio era tranquila. Vivía solo pendiente de sus asuntos. Sin embargo, la última novia le había echado en cara su total falta de humanidad, la absoluta indiferencia hacia los demás. Lo acusaba de no tener corazón, de mostrar carencia de empatía. ¡Empatía! Qué palabreja más despreciable; cómo si los demás tuvieran en cuenta sus sentimientos. Él creía ser como el resto de los seres humanos, preocupado únicamente por las cosas de su vida. Era cierto que no pensaba en las necesidades ajenas, pero, ¿es que los demás pensaban en las suyas, acaso?

A través de una página científica de internet, llevada por un centro de investigaciones biológicas de gran prestigio, se enteró que habían podido desarrollar en tubos de ensayo, estructuras celulares básicas del corazón humano, llamadas cardioides. Allí se informaba sobre la creación de miles de corazones diminutos, a partir de los cuales podían obtenerse corazones funcionales, con todas sus características. Pensó que esa era la solución a la falta de empatía, que tanto disgustaba a las mujeres de su vida. Decidió ofrecerse como voluntario, para que le implantaran esos embriones milagrosos en el organismo. Serían inoculados a través del torrente sanguíneo; esos minicorazones, del tamaño de granos de arroz, se fijarían en los dife-

rentes órganos del cuerpo, colonizándolo con latidos regeneradores que cubrirían sus carencias, aumentando la consideración y amor hacia los demás: mujeres, vecinos, paisanos, la humanidad entera.

Una vez completada la inoculación de los embriones cardíacos, se sintió eufórico: crecían en él sentimientos desconocidos. Tuvo necesidad de relacionarse con el vecino, al que antes ni siquiera había notado. Cuando éste le comentó que se le había acabado el café de la mañana, no dudo ni un instante en darle un paquete del que él tenía en la alacena. El vecino comentó que Roney era un tipo chévere. En la mañana, cuando iba al trabajo, saludaba a todos por su nombre; les cedía el puesto a las muchachas y hasta a los hombres, en el Metro. Esto lo hacía sentirse muy feliz y bien consigo mismo. Algunos comentarios desagradables de gente chismosa y mal intencionada, los desechaba sin que hicieran mella en su ánimo. Adentro de su cuerpo, los pequeños embriones crecían día a día. En las noches, en la tranquilidad del lecho, podía sentir como latía cada uno de ellos; con diferencias de tamaño, particulares urgencias. Unos, con más sangre, otros con más potencia, rítmicamente acompasados o con disonantes arritmias. Al despertar, todos los pequeños corazones adquirirían renovado movimiento, impulsándolo a hacer favores, ser amable, reír con estridencia, amar a más mujeres.

Los corazones, a medida que crecían, competían entre ellos para servir a Roney de mejor manera. Empezaron a celarse unos de otros; celos que eran, pensaba

el joven, propios de los corazones: «Hay razones del corazón que la razón no entiende». Pequeñas envidias, disimulados enconos, irregularidades en el flujo de sangre necesarios para los otros, aumentos inesperados de presión o en la frecuencia cardíaca. El crecimiento en la empatía de Roney se producía a costa de su armonía interna. Era mejor persona para los demás, pero caótico para sí mismo. Los corazones, una vez que alcanzaron su total desarrollo, pudieron expresar los celos, en cada uno de sus latidos, de manera más certera y efectiva.

La rivalidad no solo era entre los cardioides implantados, sino de todos ellos con el corazón original, que hasta ese momento había palpitado solitario en su exclusivo nicho dentro del pecho del muchacho. Cada corazón nuevo quería ser más importante que el resto. La existencia se le convirtió en un tormento. Dejó de salir de su casa, se aisló en el cuarto con los celos desbocados, que lo consumían y le hacían la vida insostenible. Después de varios meses, los vecinos preocupados, forzaron la entrada de la casa, tumbaron la puerta del cuarto. Encontraron a Roney llorando, mientras se arrancaba con la punta de un cuchillo, uno a uno, de su cuerpo desgarrado, los corazones henchidos de tormento y celos.

MATRAQUITA

Gerónimo Agüero se había ganado ese sobrenombre por su certera puntería en las Bolas Criollas. Estaba acostumbrado a dominar las pesadas pelotas de resinas duras, utilizadas en este viejo juego de la antigua Roma. Desde pequeño se escapaba del colegio, para ir a los patios de bolas criollas de su barrio. Eran solares a la orilla del río, con zanjas entre las matas de mango, por donde bajaba el agua de lluvia en temporada. Eran canchas difíciles, con hondonadas y crestas, rocas y raíces expuestas. Había que jugar lanzando las bolas al aire para que cayeran cerca del mingo, con efectos logados con los dedos. «arrima con dedo chiquito» le decían sus amigos. «bombéala para que no corra» «uña pa'l diablo, marranera, tira duro» le indicaban los compinches. Muchos apostaban fuertes cantidades de dinero, confiados en sus habilidades. Sabían que Matraquita era certero. Cojeaba de una pierna. Un sargento de la Guardia, creyendo que Agüero había vendido su juego, le mandó a quebrar la rodilla como escarmiento. Sin embargo, la rigidez de movimientos no había disminuido su talento; seguía siendo infalible en sus lances. Podía acertarle a la bola del equipo contrario a 30 varas; fallar, haciéndole coquito a la bola contraria y dejarla en el mismo sitio; rozarla sin moverla, aparentando sorpresa: «Coño, la pele de vainita», decía. Era una verdadera estrella del disimulo. Compartía luego, “la cochina”

con sus cómplices, que apostaban contra él con un hándicap. Era un auténtico pillo.

Debido a su fama, fue escogido para integrar la selección oficial de Venezuela al Campeonato Mundial de Bochas, como llaman en Italia, a la versión original de este juego. Matraquita Agüero no se encontraba cómodo sobre las desconocidas y pulcras canchas de césped recién cortado, enfundado en el uniforme que le dieron, con zapatos deportivos, todo de pulcro blanco; «parecía un enfermero», comentaba entre risas a sus amigos al momento de bajarse una cerveza, de un solo trago. La bocha, era similar al juego de bolas que él siempre había practicado; sin embargo, difería en su dinámica. Las bolas se rodaban por el suelo, plano y sin obstáculos; los boches eran elegantes, sin estridencias. Matraquita extrañaba los tragos de aguardiente que bebía, durante sus lances en los patios de su pueblo; que él creía, afinaban su pulso seguro.

Nadie supo explicarlo, pero al equipo nacional lo eliminaron en la primera ronda. Matraquita perdió el arrime, no pudo imponer su boche, el mingo no se comportaba como él quería. Cuando llegó al patio junto al río, todos se reían de él, del gran matraquero. A partir de su regreso, perdió el rumbo de su vida; su autoestima se vino abajo. Vendía los partidos sin disimulo, se emborrachaba hasta caer desmayado sobre el charco de su propio vómito; su legendaria puntería fue disminuyendo, se convirtió en un remedo de sí mismo. Durante un partido, con personas de otro pueblo, que habían apostado una fuerte suma

de dinero, Matraquita falló un boche inesperado. Lo esperaron esa noche, a la salida del viejo patio y después de darle una paliza, le dispararon tres balazos a quemarropa. Allí, a la puerta de la vieja cancha, junto al río, terminó su calvario y nació su leyenda.

MÉXICO

Apenas terminé el segundo año de bachillerato en el Colegio Santiago de León de Caracas, mi madre decidió enviarme a estudiar a un internado militar en México. En la Universidad Militar Latino Americana estudié lo que allá es el último año de básica, antes de ingresar a la Preparatoria; la “Prepa”, como le llaman coloquialmente. En ese momento, 1962, yo tenía quince años y en el Este de Caracas estaba en pleno apogeo el fenómeno de las “patotas”. La de La Carlota, donde vivía, era pequeña y estábamos en constante pugna con la de Campo Claro, más numerosa. Por esa razón y por la natural emulación de las películas hollywoodenses de la época, preferimos encuentros a mano limpia, entre dos “gallitos” rivales. Yo era uno de los preferidos de la nuestra. Mi madre estaba ya cansada de curar mis heridas y de la frecuente presencia de jóvenes vociferantes pidiendo que saliera el “zurdo”, cuando corriendo me refugiaba en mi casa. Así, que terminé en México, interno en una especie de correccional militarizado.

La UMLA, estaba ubicada en el kilómetro 10 de la carretera al desierto de Los Leones, a las afueras del D.F., en una edificación tipo cuartel fortificado. Allí funcionaba un bachillerato que incluía los tres primeros años de Básica y los dos últimos de la preparatoria para la universidad. La UMLA preparaba sus estudiantes para carreras militares en las modalidades de infantería y caballería.

Los dormitorios eran grandes salones en el segundo piso de la edificación, con capacidad para albergar una compañía. Cada compañía estaba conformada por diez pelotones, comandadas por un Teniente activo del ejército mexicano. Cada pelotón, a su vez, constaba de once cadetes. Las camas, formaban una larga fila, separadas por un closet metálico, donde guardábamos nuestra ropa y demás pertenencias. Al frente de cada pelotón estaba un cadete con el grado de sargento, un cabo y uno o dos distinguidos. El sargento y el cabo de cada pelotón se ubicaban en los extremos de la fila; los distinguidos en el medio. El resto éramos cadetes rasos.

En los amplios salones donde se alojaba cada compañía, cinco de infantería y una de caballería, existía un área de duchas, urinarios y excusados. Las cinco compañías conformábamos el Batallón de Infantería; una de ellas la integraban los cadetes de la Banda de Guerra, de trompetas y redoblantes. El Batallón de Caballería, debido a lo costoso de los caballos, herrajes y uniformes, era más pequeña. La edificación de dos pisos en forma de U, tenía un gran patio interior usado durante las paradas militares y la ceremonia de fin de año. En la planta baja estaban las aulas de clase, el comedor y la cantina. En el ala central estaba el Cuarto de Banderas, el Cuarto de Armas y las oficinas administrativas. En el amplio terreno exterior, se hallaban las caballerizas, la pista de equitación y las canchas deportivas.

El cadete alférez que comandaba la Banda de Guerra, era el Trompeta Principal de la Academia. Estaba encargado del Toque de Diana en la mañana, el To-

que de Silencio a la hora de ir a dormir y las Ordenes de Comando durante los ejercicios militares diarios, los de Fin de Curso y durante el Desfile Militar en la ciudad de México, en la Conmemoración del Grito de Dolores.

Por diversas razones, no pude estar presente durante el inicio de las clases y arribé a la UMLA con una semana de retraso, cuando ya estaban conformadas las compañías con sus pelotones y se les había entregado a los cadetes sus uniformes de diario: de kaki con corbata. Teníamos, además, un uniforme de salida, con guerrera corta, verde militar y correa para la daga y un uniforme de gala de paño azul oscuro, con guerrera larga, con doble botonadura de bronce al frente y correas de talabarte de charol cruzadas y guantes blancos.

El día de mi arribo, fui ubicado en la 4ta. Compañía, sobre uno de los pasillos, aislado del resto de los pelotones. La primera noche fue de bautizo. Pasaban grupos de dos o tres cadetes corriendo y me arrojaban agua, me lanzaban zapatos y otros objetos, con el fin de molestarme y hacerme ver que no era bienvenido. Ya avanzada la noche, tuve necesidad de ir al área de baños a orinar y fui abordado por un grupo de cadetes mayores que yo, que me amenazaron con una pequeña navaja en la garganta, para inmovilizarme mientras me interrogaban sobre mi procedencia. Si pude notar que, cuando les dije que era de Venezuela, la presión de la navaja, se hizo menor y el acoso cesó.

A la mañana siguiente, en uno de los recesos, oí que me llamaban

—Nuevo —me gritó una voz imperiosa, proveniente de un grupo de oficiales reunidos en el pasillo a las afueras de los salones. Me paré y fui hacia ellos.

—Sí, Señor —dije mirándolos

—¿Quién te está llamando? Vete de aquí —me espetó uno de ellos, un oficial nortño mal encarado. Di la vuelta y me alejé de allí.

—Nuevo —oí nuevamente. Ahí supe que estaba en problemas. Di vuelta y regresé donde estaba el grupo.

—¿Qué haces aquí otra vez? ¿No te dije que te fueras?

—Me grito el oficial con su cara de Pancho Villa, en pie de guerra. Esperaba lo peor de esa gavilla de prepotentes. Pero, una voz calmada, dijo, desde el fondo del grupo.

—Déjenlo quieto. ¿De dónde eres tú? —me pregunto un güero, como llaman en México a los catires.

—De Caracas —respondí, con cautela.

—¿A dónde vivías allá?

—En La Carlota —le dije mirándolo mejor. Tenía grado de sargento y el rostro rosáceo.

—Yo vivo en Los Chorros —me dijo.

En ese momento el alma me volvió al cuerpo y pude irme tranquilo. Después, supe que era muy temido y respetado por todos en la Academia; había protagonizado más de una hazaña temeraria, que todos comentaban en voz baja. Fue mi ángel guardián. Nunca nadie se metió conmigo otra vez; yo era invisible para los oficiales cadetes. «A nadie le falta dios», pensaba yo.

Los privilegios de rango se imponían en todos los aspectos de la escuela. El comedor estaba organizado

por pelotones; cada pelotón tenía asignada una mesa larga, En una de las cabeceras se sentaba el Sargento, quien se servía primero de las bandejas que traían en carros de ruedas unos camareros; luego, el Cabo que se sentaba frente a él. La bandeja se pasaba hasta el otro extremo a los distinguidos. Después, se servían los cadetes rasos y por último los que se sentaban en el centro de los mesones. Estos puestos se asignaban por méritos y castigo. Por supuesto, a los últimos les tocaban las piezas de pollo o bistec más pequeños, quemados y poco apetitosos. Los puestos eran asignados cada mañana, basados en la buena presencia personal, condición del uniforme, orden del closet, correcto tendido de la cama, zapatos limpios y los libérrimos cojones del Sargento o del Cabo.

Los viernes en la tarde, después de clases, salíamos francos hasta el lunes a las 7:30 de la mañana, cuando teníamos que reportarnos en formación, en el patio central. Uno de los castigos más temidos, era la pérdida de este privilegio. «Calladito te ves más bonito», me decía yo. Solo una vez me dejaron arrestado durante un fin de semana, por indisciplina en las clases de Música.

Mi madre había conseguido una habitación en alquiler en la casa de un capitán retirado del ejército mexicano, en la ciudad, donde pasaba los fines de semana, junto a otros compañeros. La mayoría nortños de la frontera: Tijuana, Mexicali, San Antonio, Monterrey y otras ciudades. Allí supe de la rivalidad entre nortños y sureños, y de manera especial con los del D.F. También, allí conocí salvadoreños, hondureños; muchos de

mal carácter y pocas pulgas, pendencieros. Nunca me dieron problema; la fama y estrella del Sargento Mayor Navarrete me seguía adonde yo fuera.

Hice buenos amigos, algunos notables; como el nieto de Siqueiros, quien me invitó durante unas vacaciones a Acapulco, a una casa de su abuelo, frente al imponente Océano Pacífico, preciosa, repleta de cuadros de gran formato pintados por su dueño. Conocí Cuernavaca, la ciudad veraniega de Maximiliano, Emperador de México y de su celosa esposa, Carlota; luego, lugar preferido de potentados capitalinos, por su clima y cercanía; Veracruz, puerto sobre el Golfo de México; Monterrey, capital industrial y sede del prestigioso Tecnológico; Chihuahua y muchas otras, durante un largo paseo en automóvil que se prolongó por dos semanas. El D.F. lo recorrí con avidez de la mano de *Los Hijos de Sánchez*, escrito durante el largo periodo de estudio del sociólogo gringo Oscar Lewis; asistí a ese templo de las artes escénicas mexicanas: el Teatro Blanquita; fui a juegos enconados por la rivalidad de los equipos de rugby de la UNAM y el Politécnico, Asnos contra Pumas. Disfruté de su dulcería y panadería típica, acompañante del chocolate caliente de las tardes; sus deliciosos tacos callejeros; los organilleros, con sus monos amaestrados para pasar el sombrero en la colecta durante las filas para entrar al cine y sus muchas ferias ambulantes.

Tuve la oportunidad de “casarme” con una novia que tenía en esa época, en una feria que llegó a la Colonia donde vivía durante los fines de semana. Yo la apreciaba

mucho, siempre me cantaba con entusiasmo rancheras de su México lindo y querido. En una de esas ferias, existía una carpa donde se oficiaban bodas con Certificado y gran pompa. Contaba con todos los trajes necesarios, en diferentes tallas y colores, que extrajimos entre risas de unos baúles de ropa vieja: trajes de novios, vestidos de madrinas, para el cortejo y los invitados, hasta la sotana del cura para la ceremonia.

Una de las costumbres que más llamó mi atención, y que me permitió entender las diferencias culturales arraigadas entre nuestros pueblos, debidas al mestizaje, es la forma de saludar a los hombres de sotana, a los vicarios de la iglesia católica. En México, es costumbre besar las manos de los sacerdotes, gesto totalmente desconocido en Venezuela. La primera vez que nos visitó un cura en la UMLA, me resultó risible ver a los corajudos cadetes mexicanos, recibir la bendición del prelado con la cabeza gacha y besar sus manos. Fiel a mis tradiciones e incipiente ateísmo, me negué a realizar este gesto de sumisión y le extendí la mano, tal cual hacemos en mi país.

Los domingos al atardecer, me gustaba asistir a las retretas que se realizaban en las plazas de los pueblos y ciudades. Allí, se congregan los jóvenes solteros de ambos sexos. Las chicas pasean sobre las aceras perimetrales de la plaza principal del pueblo, en el sentido de las agujas del reloj, mientras los chicos lo hacen en sentido contrario o permanecen parados viéndolas pasar, mientras les vocean piropos de admiración y seducción. Si las damas responden a sus requiebros

galantes, los jóvenes pueden acompañarlas en sus recorridos. Numerosos vendedores de flores ofrecen pequeños ramos para obsequiar en estos encuentros. Estas costumbres eran nuevas para mí y me llenaban de asombro y gozo.

Así y todo, cuando al año y medio viajé a Caracas de vacaciones, me negué a regresar a la UMLA. Porque, pensaba yo. «¡Bueno es cilantro, pero no tanto!»

ELLA EN LA DISTANCIA

Esa madrugada, cuando la vi por primera vez, ella estaba asomada a la ventana de su cuarto, esperándome. Yo regresaba a la casa de mis padres en La Carlota, después de haber estado año y medio internado en una escuela militar en México D.F. A través de la ventanilla del carro, la busqué y la vi, parcialmente tapada por la cortina, en el primer piso del edificio donde vivía. Supe que era ella. En una de las cartas que mi hermana acostumbraba escribirme, me contó del revuelo que causó entre los muchachos de la cuadra. Tenía una presencia lozana y hermosa. Era como una manzana madura, de pómulos sonrosados y tersos. Sus formas de quinceañera, redondas y voluptuosas, denotaban frescura y plenitud, llena de expectativas y sensaciones desconocidas. Sentí que mi corazón se desbordó cuando la vi sonriendo, agitando hacia mí su mano, en lo que supuse era una bienvenida de promesas.

A la mañana siguiente, la oí cuando llegó a mi casa. Conversaba alegre con mi hermana, me sedujo con su risa nerviosa de felicidad y expectación. Era hija de inmigrantes españoles; se habían mudado recientemente y casi de inmediato su presencia resaltó cuando caminaba rumbo al colegio.

Rápidamente, me duché y vestí lo mejor que pude. Toda mi ropa estaba arrugada por el viaje; quería causarle la mejor impresión, así que saqué de mi equipaje una cajita de dulces típicos mexicanos y se la entregué apenado,

temeroso de que no los apreciara, que le parecieran menor cosa. Sin embargo, los tomó de mis manos con gusto y los sostuvo allí, pegados a su pecho, como si alguien pudiera arrebatárselos. Luego, me contó que le costó mucho comérselos: quería conservarlos como recuerdo de nuestro primer encuentro.

Ambos supimos que el amor era un capricho de los dioses, dado de repente, como un flechazo de Cupido, para atormentarnos de ahí en adelante, por siempre.

Nos hicimos novios. Empecé a acompañarla a su colegio, distante como a cinco cuadras de nuestras casas. Tomaba sus libros y cuadernos mientras caminábamos. Le llevaba Frunas, caramelos masticables que le encantaban; me fascinaba ver como los mordía con picardía y deleite, entre sus blancos y perfectos dientes.

A esa edad, uno y medio años de ausencia, era un largo tiempo. Mis amigos del barrio no me veían como antes. De alguna manera, me había vuelto un extraño para algunos de ellos. Sobre todo, para los que guardaban esperanzas de que Amelia correspondiera a sus requiebros. Pero ella, solo tenía ojos para mí, oídos para mis versos y manos curiosas para buscarme en la oscuridad, durante la matiné en la sala de cine al que íbamos con frecuencia. El más agresivo se llamaba Miguel, andino pendenciero, que nos esperaba cuando pasábamos, para silbarla o decirle algo impropio. Perdí la cuenta de las veces que nos liamos a golpes, pero la sangre se me subía a la cabeza y no podía refrenar mi disgusto y rabia. Nos dimos duro, hasta que entendió que Amelia no le pertenecía; que éramos uno del otro

y ese era un hecho no negociable, nadie lo cambiaría, ni nada podía hacer él al respecto. Nuestra vida se hizo más apacible, después que Miguel aceptó su derrota y cejó en su irrespeto.

Amelia me invitaba a menudo a comer en su casa. Conversaba con su mamá sobre mis aspiraciones y aficiones y con su papá sobre los partidos de futbol con el equipo del Colegio Claret, donde estudiaba en ese entonces: veíamos en la televisión junto a su familia, viejos programas en blanco y negro, de lucha libre, que tanto entretenían a sus ingenuos padres. Mientras, nuestras manos se rozaban al borde del sofá, donde nos sentábamos, con visible arrobó.

A raíz de la muerte del abuelo, sus padres volvieron a Mallorca para atender una pequeña posada en esa isla del Balear Mediterráneo. Nos causó mucho dolor y lágrimas superar está repentina separación.

Años después, volvimos a encontrarnos en el restaurante del Club de playa Tanaguarena. Ambos estábamos casados; ella, con una hija que se parecía al recuerdo que guardaba de su rostro. Nos saludamos como viejos vecinos. Nos detallamos con curiosidad, mientras hablamos distraídamente sobre antiguos conocidos y amigos ya ausentes. Después de cincuenta y cinco años, aun pienso cómo hubiera sido nuestra vida de haber seguido juntos.

MICROCuentos

EL CELADOR DE TIGRES

El celador del zoológico amaneció enratonado; tuvo una parranda con los reales que ganó por la venta de la carne destinada a los tigres, al vendedor de pinchos. «No aguanto la cabeza» pensó, al cerrar la puerta de la jaula. Caminó al surtidor de agua. Sintió el peso del candado en su bolsillo, al momento que una sombra se abalanzaba sobre él.

DÉJÀ VU

La vi sin verla; cuando volteé para cerciorarme, no estaba. A menudo pensaba en ella, soñaba con su sonrisa y su piel suave. Hacía mucho tiempo que la estaba esperando. Dónde creí verla, solo estaba una anciana encorvada y sola.

PRINCESA ENCANTADA

Los sapos no me dejan dormir. Busqué la forma de exterminarlos. Esta mañana los encontramos muertos en el jardín, junto a una joven que me visitaba en sueños.

AMERICANO FEO

¿De dónde había salido ese gringo?

—Hi, body! Please, help me! —oyó que rogaba, con voz lastimosa.

—¿Qué le pasa, señor? ¿Está herido? —preguntó, Rogelio, solícito; buscando señales en su cuerpo.

—Help me! I beg you!! —repitió, posando en él su mirada acerada.

Rogelio había tomado ese sendero solitario para evadir a los que querían robarle el oro que llevaba al Callao. Se acercó con precaución. Primera vez que veía un gringo en su vida. Solo atisbó a ver el relámpago del cuchillo, cuando le penetró la garganta.

ÚLTIMO TRAGO

Pidió el último martini para llevar. Lo encontraron dentro de su carro, estrellado contra el árbol ,ahogado con una aceituna,.

ABANDONADO DE LA FORTUNA

Joven, guapo, alto y bien vestido; tenía un elevado concepto de sí mismo. La suerte lo había abandonado; pero esa noche conseguiría algo del dinero que creía merecer. Lo reconocieron en la oscuridad del callejón estrecho. Lo delató el brillo de sus blancos dientes. Era él. El maldito que había engañado a su hija. Ahí mismo le cobraron lo que debía.

SOBRE LOS ÁRBOLES

Soñé que un ventarrón arrasaba mi cama. Me levanté
y caí al vacío.

NADA

No supe que era Nada; hasta que quise pensar.

GÉNESIS

Apaga la Luz; necesito existir.

ESCRITOR

Sobre la iluminada pantalla, titila solitario el cursor.

| | | | |

CRÓNICAS

TRES ENCUENTROS

La única promesa que nos hace la vida, es su final cierto. Final imprevisible: tanto el momento, como el lugar; pero inevitable y consustancial con la vida misma. No hay forma cierta de evadirlo, ni de retrasarlo, una vez nos alcanza. Esta imprevisibilidad inevitable le da a la existencia su carácter de incierta aventura, de angustiante espera. En lo personal, siento que la muerte me ha perdonado en varias ocasiones; quizás, he tenido un ángel guardián que la ha espantado de mi lado. Quizás, los dioses, que juegan con nuestras vidas, no tenían previsto mi partida. No lo sé, no estoy en capacidad de colegir los motivos. Aún, no le entrego mi óbolo a Caronte para pagar por mi último viaje. Ello, a pesar de haber estado muy cerca del final y de haberme visto postrado a sus pies, indefenso y rendido.

La primera vez que vi su pálido e inescrutable rostro, y la atisé tras su manto transparente, fue en Caracas, durante las patinatas de madrugada de las Misas de Aguinaldo. Tenía cerca de trece años; estaba en compañía de un grupo de amigos, esperando los carros al pie de una colina, para subir asidos a sus costados. Un chofer, para evadirnos, aceleró a fondo. Había caído, yacía indefenso cuando vi al carro que se me venía encima. No recuerdo cuando me paré y di un salto a un costado, solo atiné a verlo pasar raudo, a mi lado. Una de sus ruedas rozó los patines, pero no hubo más nada que lamentar, salvo mi susto y el festejo asombrado de los amigos.

La segunda vez, fue en la carretera de Valencia a Barquisimeto. En esa época, me gustaba correr y hacer que los cauchos del carro chirriaran en las curvas, retaba así la irresistible tentación de sentirme vivo y dueño de mi destino. Esa vía tenía unos tramos con divisiones en el centro de sus canales, defensas de concreto reforzado, diseñadas para impedir que los carros cruzaran, en caso de accidentes. En plena curva, al final de un trecho en bajada, empezaba una de estas defensas. Por el medio de los canales, muy lento, circulaba una enorme gandola; yo aparecí a gran velocidad sin posibilidad de maniobra alguna. Todos mis acompañantes cerraron los ojos, era seguro el impacto. Acerqué el carro a la defensa lo más que pude y me preparé para el golpe. Sostuve el volante con una mano y me agaché hasta el piso, dispuesto para lo inevitable. Nadie entendió cómo pasamos; dejamos atrás la gandola, sin siquiera haberla rozado. Ese día, le había dado la cola a la tía de uno de mis acompañantes. Era viuda; su esposo, había muerto en un choque de carretera, con ella a su lado. Quizás, ya había pagado su derecho a seguir con vida; misterio inescrutable, al que debemos nuestra existencia.

El tercer perdón del destino lo recibí un 23 de diciembre, en Iguaraya, nuestra granja de frutales exóticos, enclavada en las estribaciones del Cerro Terepaima, a las afueras de Barquisimeto. Como a las dos de la madrugada, una vez que terminamos de hacer las hallacas, dentro del ritual familiar, nos dispusimos a probarlas para ver cómo habían quedado. Ese es el

primer momento en que se sabe el resultado de tan arduo esfuerzo. Quizás, pasado de tragos, me atraganté con un hueso que, sin exagerar, era enorme, plano y cartilaginoso, del tamaño de una chapa de refresco. A esa hora, con los ojos rojos por la asfixia, babeando y carraspeando, acudí a varios centros asistenciales; en todos ellos, los doctores me aseguraban que la molestia se debía a que el hueso me había raspado la garganta, pero que era imposible que yo tuviera algo atravesado; de ser así, ya estuviera muerto. Había comido pan, manzanas, hecho gárgaras y la incomodidad persistía, con una sensación de ahogo, de angustiante molestia. En una de las clínicas a la cual acudimos esa madrugada, conseguimos un técnico radiólogo de guardia, que accedió a tomarme una radiografía. Los rayos X mostraron una imagen como de una aguja, delgada, clavada a nivel del esófago. Ya para ese momento, era como las cuatro de la mañana, me sedaron y llamaron a un gastroenterólogo que aseguró que no podía ser un objeto o no hubiera podido comer cosa alguna, sin problemas o consecuencias. El doctor, llegó al amanecer de ese día y decidió hacerme una endoscopia. Su sorpresa fue mayúscula, cuando a través de la lente de su instrumento, vio el enorme hueso que tenía alojado en lo profundo. Llamó a un colega para que lo asistiera y con unas pinzas largas me extrajeron el tarugo; aún lo conservo como amuleto. De acuerdo a su experiencia, era increíble que no me hubiera causado la muerte por asfixia. Él había visto personas muertas por obstrucción respi-

ratoria, con objetos mucho más pequeños que aquel descomunal hueso de extraña forma y que yo cargue alojado durante horas, llevando mi vida prendada de un delgado hilo óseo. A partir de ese día, celebro cada 23 de diciembre, mi segundo cumpleaños, en honor a mi fortuna y lo benevolente del destino.

Sé que ella espera por mí; cuando la vea, la miraré a la cara, como a una vieja conocida, que retrasó generosa nuestro inevitable y último encuentro.

APRENDIENDO A BAILAR

Toda la vida me ha gustado bailar; lo hago desde muy temprana edad. Empecé bailando con los discos de Damirón y su Piano Merengue. Este ritmo fácil se adaptaba a la poca destreza que tenía en esa época. Después, aprendí a bailar Salsa, ritmo caribeño nacido en Nueva York, bajo el influjo del jazz y los cueros del gran cubano Ramón “Mongo” Santamaría. A Caracas acudían con frecuencia, artistas de la talla de Tito Rodríguez, Tito Puente, Las Estrellas de la Fania, Ismael Miranda y muchos más, que calentaban los locales nocturnos de la época con sus nuevas sonoridades. Este ritmo caribeño, caliente y sensual, se había popularizado en el país por la difusión que tuvo en el programa radial “La Hora de la Salsa” de Phidias Danilo Escalona, disc-jockey venezolano. En estrecho abrazo, se bailaba esta mezcla picante del son cubano montuno, guaguancó y jazz. El Diablo de la Salsa, Oscar D’León, entre muchos otros, la llevaron a todos los rincones y salas del mundo. El baile es un ritual humano muy curioso. Se pueden acercar dos cuerpos desconocidos y establecer conexiones sensuales que de otra manera no pudieran aflorar. Es, junto a la risa, un importante medio de seducción. Muchos jóvenes de nuestra generación, los utilizábamos para traspasar barreras que lucían infranqueables; sobre todo, dentro de las pacatas normas sociales de nuestra época.

Yo vivía en La Carlota, popular sector caraqueño poblado por una extensa inmigración europea. Los muchachos formamos un equipo de futbol que inscribimos en los campeonatos del Club Deportivo Don Bosco, de Boleíta. Nuestras hermanas y amigas, organizaban bailes para festejar nuestro triunfo al término de los partidos. Nunca logramos ganar un juego, pero aprendimos a bailar. En la improvisada pista de baile, dispuesta en el sótano de uno de los edificios de nuestro barrio, se empeñaban en enseñarnos a bailar ese ritmo caliente y movido, del desenfreno y la periferia.

Siempre les he agradecido a mis hermanas y amigas, por haberse empeñado en enseñarnos, aún con sacrificio de sus zapatos, que pisábamos con entusiasmo y desconsideración, a pesar de su protesta y llanto.

Durante las décadas de los setenta y ochenta, aprovechamos el furor de las discotecas nocturnas y sus vermouths danzantes, sitios propicios para el encuentro furtivo con novias y muchachas.

Hoy día, todavía disfruto del baile y sigue siendo una fructífera forma de encuentro y conocimiento de nuevas y queridas amigas; aun es territorio de complicidades no dichas. Tengo una manera de bailar particular. Se la debo a un amigo de Barquisimeto, rey indiscutible de los bailes que se realizaban en el Club del Comercio de la Calle 30. Se llamaba Pompilio y estudiaba Medicina en Mérida. Fue él quien me enseñó lo que llamaba el “paso largo”, continuado, que encantaba a las muchachas por su elegancia y la

cercanía a que obligaba su ejecución. Yo lo observaba y veía el rostro sorprendido y embelesado de sus parejas y me propuse aprender a bailar como el flaco Pompilio, verdadero Fred Astaire larense. Todavía me gusta bailar; lo hago con frecuencia, y disfruto con regocijo, los momentos gratos y secretos que aún me depara.

CAMPAMENTO YMCA

Cuándo tenía alrededor de trece años asistí, en época de vacaciones escolares, a un campamento regentado por personal norteamericano de la Young Men`s Christian Association. Estaba ubicado en las riveras de la Quebrada Paracotos, en el Estado Miranda. Esta quebrada llenaba una laguna, donde practicábamos deportes acuáticos, natación y salvamento.

Se asentaba sobre una suave pendiente, con dos explanadas: en la de más arriba, cercana a la carretera de acceso, había una construcción de madera y techo de zinc con las instalaciones administrativas, una pequeña enfermería, la cocina y el comedor. Este tenía dos mesones rústicos, con bancos largos, continuos, a ambos lados, bajo el alero con vista al riachuelo que corría al fondo. La segunda, a un lado del curso de agua, con riveras arboladas, que daban sombra al área donde se ubicaban cuatro grandes tiendas de campaña. Cada una con capacidad para seis catres de lona plegables. Los llamados a la hora de las comidas se hacían con una campana, colocada en la parte exterior de la cocina. Estas eran copiosas, sanas, con abundancia de ensaladas y frutas. A mí lo que más me gustaba era el desayuno, quizás por lo novedoso: gruesas y esponjosas panquecas, bañadas en abundante sirope de maple y una bebida achocolatada caliente, que nos daba suficiente energía para las intensas jornadas de ejercicio que allí teníamos: batallas sobre grandes extensiones,

que consistían en tomar la bandera del grupo rival, por lo general, colocada en lo alto de una colina cercana; clases de natación y salvamento; tiro al blanco con arco y flecha; aprendizaje de nudos, afilado de cuchillos; largas y agotadoras excursiones.

Allí, la organización YMCA, otorgaba certificados internacionales de Salvavidas a los participantes, que superaran con éxito las rigurosas pruebas de natación requeridas. Podíamos obtener la calificación de “Tiburón”, en su categoría juvenil. Debido a las clases de natación que recibía en el colegio, del profesor español Alfonso Victoria, verdadera leyenda en Venezuela, no tuve mayores problemas para obtener la certificación. Antes, sin embargo, tuve que recibir capacitación para el rescate de personas en aguas profundas: cómo evadir los riesgos debido al pánico intenso de personas en peligro de morir ahogados. Básicamente, se centraba en técnicas de acercamiento por la espalda, cómo sujetarlo y el nado lateral. También, técnicas de reanimación y respiración “boca a boca”. Por muchos años, durante mi juventud, llevé la insignia de un escualo en mis trajes de baño, con orgullo. Nunca, por fortuna, tuve necesidad de utilizar lo que allí me enseñaron.

Hacíamos largas caminatas hasta El Junquito, a una casa que poseía allí la organización. Hoy día, que he recorrido esa área, creo que el trayecto a campo traviesa, pasaba por los sembradíos de durazno de El Jarillo, con matas rebosantes de frutas maduras, las cuales no nos permitían tomar, so pena de ser reprendidos.

Otra de las habilidades que desarrollamos fue la reparación de las cachas de cuchillo. En la lista de los equipos necesarios que deberíamos llevar, se incluía un cuchillo de boy-scout con empuñadura de “cacho de venado”, que en realidad era de plástico, que se rompía con facilidad. Se nos enseñaba cómo sustituirla con círculos de suela gruesa, pegadas unos sobre otros con pega de zapatero, que luego prensábamos y tallábamos sobre el vástago original del cuchillo. Creo que este campamento fue una de las experiencias pioneras en el país en campamentos de verano, para jóvenes durante los largos asuetos vacacionales.

PARQUE LOS CHORROS

Uno de los lugares preferidos de excursión de los muchachos de La Carlota, era el Parque Los Chorros, ubicado en las estribaciones del cerro El Ávila. El Parque era atravesado por un pequeño riachuelo, frío y cristalino, donde nos podíamos bañar. Para llegar a su cascada de agua, había que atravesar toda la urbanización que, en temporada exhibía numerosas matas de mango: de bocado, de abundante carne; mangas, gordas y apetitosas; mango piña, ácidos y de semilla menuda; mangos dudú, arracimados, pequeños, dulces y los incómodos mangos de hilacha, gustosos y repletos de aromática trementina. Nos llevábamos morrales para llegar a casa con mangos maduros, pintones y verdes, con los que nuestras madres hacían sabrosas jaleas.

En la entrada del Parque, podíamos comprar majarete a una mujer de piel negra, baja y regordeta, con los dientes blancos, ojos de brillantes, de sonrisa y carácter alegre: vendía en un plato de peltre, ocho raciones con abundante canela, por un bolívar. Al fondo del Parque, estaban las cascadas con un pozo somero, coronada por una gran roca desde donde se precipitaba un escuálido chorro de agua fría. El pozo era pequeño, pero, aun así, un hombre flaco, que siempre parecía estar titiritando de frío, se lanzaba al vacío, encorvado como una rana. Allí, permanecía en cucullas, hasta que debido a la solicitud de los que allí

estábamos, se lanzaba de cabeza al diminuto pozo; volvía a escalar a su trono pétreo, hasta que era nuevamente persuadido de lanzarse a lo que creíamos era su segura muerte: ¡Superman, tírate!, ¡Superman, tírate! Le gritábamos todos al unísono, hasta que se erguía y se lanzaba cual avezado clavadista criollo. Emergía del agua, para recibir la ovación asombrada de los mirones, que no nos atrevíamos a semejante lance suicida. ¿Quién sería nuestro Superman criollo? Creo que nunca habló con nadie; salía por el fondo del pozo, bajo la fría cascada y desde allí escalaba la peligrosa y resbalosa pared de piedra, hasta su lugar, desde donde reinaba soberano y solitario, siempre aterido y temblando de frío.

LA SILLA ELÉCTRICA

En la vía hacia San Carlos, después del Campo de Carabobo, existen sobre la orilla izquierda de la carretera, unos chiringuitos donde preparan cachapas con queso de mano, chicharrón, sabrosos y succulentos mondongos. Este es un lugar muy concurrido, no solo por lo grato de sus locales a la orilla de un riachuelo, sino por lo abundante de las raciones y la atención dispensada a los viajeros que allí buscan reponer sus fuerzas, antes del largo viaje; generalmente camioneros que se enfilan por esa ruta a los llanos centro-occidentales de Cojedes y Portuguesa.

Uno de estos establecimientos, era atendido por una mujer de amplia y seductora figura, a quien llamaban La Silla Eléctrica. Se decía, que más de un conductor inadvertido había muerto sobre ella, a orillas del río, mientras recibía sus favores después de degustar su sabrosa “sopa nerviosa”, de pata de res y mondongo carabobeño.

Hace unos pocos años atrás, fui con mi señora a comer cachapas con queso de mano al Campo de Carabobo y se me ocurrió llevarla a este conocido y famoso paraje de gustosos condumios de carretera. Mientras esperábamos, en la improvisada barra del negocio, le referí a Coromoto la historia que tantas veces había oído de boca de choferes de gandola, sobre la peligrosa matrona. Nos dimos cuenta, de que a medida que yo avanzaba en mi relato, la atención y los gestos del dueño del local se hacían más bruscos

y rudos, hasta que uno de los clientes que allí estaba, llamó mi atención y me dijo en voz baja y con sigilo, que el dueño actual del local donde estábamos, y que con tanta simpatía nos recibió al principio, era uno de los hijos de la famosa, y ya fallecida, Silla Eléctrica. Salimos lo más pronto de allí, sin esperar por nuestro pedido de las sabrosas y generosas cachapas con queso de mano y chicharrón de papada.

KINGSTON, JAMAICA

Durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, Venezuela firmó un convenio de apoyo tecnológico con el Gobierno de Jamaica, presidido por Michael Manley, líder nacionalista durante el proceso de transición política, por el cual estaba atravesando la isla caribeña. El petróleo, al principio del gobierno de Pérez, había experimentado un incremento de precios que hacía inviable la producción de cemento basada en alto consumo energético, utilizado en la isla. El gobierno nacional le encomendó la realización de esta reconversión industrial, a un importante productor nacional de cemento. Para ese momento, yo trabajaba allí en calidad de Gerente de Proyectos, por lo que se me encargó liderar la misión técnica.

Fuimos seleccionados cuatro profesionales para evaluar el proceso, el estudio de alternativas de reconversión y presentación de la propuesta.

Bajo el gobierno revolucionario de Mr. Manley, habían regresado a Inglaterra, numerosas familias que temían por sus bienes y vidas. Algunas casas señoriales se encontraban abandonadas, por lo que nos fue posible alquilar una, para vivir allí durante nuestra estadía. Al inicio, nos hospedamos en uno de los hoteles pertenecientes a una cadena internacional en Kingston; pero, por sugerencias de algunos nuevos amigos jamaquinos, convinimos en alquilar una de esas mansiones, que estaban al cuidado de su vieja

servidumbre. Con lo que gastábamos durante una semana por las cuatro habitaciones en el Jamaica Hilton, pudimos pagar una mansión con mucamas, cocinera y chofer, durante dos meses. Una ventaja que rápidamente se convirtió en un verdadero dolor de cabeza, por lo difícil de su manejo, los constantes pequeños robos a nuestra propiedad y otras complicaciones derivadas del ambiente político, económico y social imperante en la época; además de las objeciones de la gerencia de la empresa anfitriona y de la Embajada Venezolana, preocupados por nuestra seguridad personal. Pero, aun así, pasamos buenos momentos en la isla. Durante nuestra tercera, y última visita, preferimos quedarnos nuevamente en el hotel, dada la tranquilidad y despreocupación que nos brindaba sobre los asuntos cotidianos.

La población es mayoritariamente negra, con un contraste evidente en los niveles de vida entre sus razas. Muchas situaciones eran nuevas para nosotros. Quizás, la más impactante y cotidiana, era el fuerte olor corporal de la gente: «El primer día te repugna, el segundo te es indiferente, al tercero te excita» nos decía socarrón, el Cónsul de Venezuela. La energía eléctrica era tan escasa y costosa que, en los balnearios y algunos locales populares, servían las cervezas a temperatura ambiente, lo que provocaba nuestro reclamo y extrañeza: «Así la toman nuestros hombres», nos decían apenas nuestras compañeras de trabajo. Los víveres se vendían en la calle, al acecho de las moscas y otras alimañas. Sus playas y montañas

eran muy gratas y festivas. Durante los fines de semana acudíamos a los balnearios de Montego Bay, Negril, Ocho Ríos o Port Royal, alejados de su capital; todos estos lugares de gran belleza y exuberancia. La comunicación con los pobladores jamaquinos se nos hacía difícil, por su fuerte acento local y la inclusión de palabras del patois antillano. Uno de los contrastes culturales mayores, eran los sitios nocturnos, adonde acudíamos a escuchar el novedoso reggae, música que hacía furor entre su población joven. Eran locales oscuros, llenos de humo y con la somnolienta música acompañada de las bandas locales: el olor a sudor era denso, parecía un pudín isleño, dada su consistencia y peso. En la oscuridad, solo se vislumbraba el reflejo de las escasas luces sobre las sudadas pieles oscuras de los bailarines, adormecidos por lo cadencioso de la melodía y las nubes de espeso humo, proveniente de enormes cigarros de ganja jamaquina.

CARLOS ALBERTO

Cuando nació mi hermano menor yo tenía dos años. En ese momento, vivíamos en San José de Costa Rica, donde mi papá trabajaba como corrector de pruebas en un diario local. Era la época en que se corregían los textos definitivos con la ayuda de impresiones de prueba, realizadas con las planchas de tipos. Esas pruebas pasaban por los ojos de expertos correctores tipográficos. Trabajaban bajo la presión de los editores, que les solicitaban sus revisiones durante la madrugada, antes de que se imprimieran los periódicos de ese día, para poder tenerlos a primera hora para su distribución.

Cuando mamá sintió esa madrugada, que había llegado el momento, supo que tenía que arreglársela sola para parir en casa. Mi hermana mayor y yo habíamos nacido con la ayuda de comadronas. Dispuso, como era su costumbre, la mesa del comedor para dar allí a luz. Con la ayuda de mi abuela María Luisa, preparó todo lo que sabían les sería requerido y mandó a llamar a la Señora Hortensia, mujer rolliza de piel cetrina, alegre y de voluntad recia. Hortensia, era la comadrona que la había asistido en sus partos anteriores; así que, cuando llegó a casa, consiguió todo dispuesto.

Mi hermana, Nora María, de tres años, y yo nos habíamos despertado por la agitación de la casa y los nervios del momento. Vivíamos en una construcción tradicional, con un pequeño patio central, rodeado

por pasillos abiertos, circundados por los cuartos internos. Al final del zaguán de entrada, antes del patio, a mano derecha, se hallaba el comedor. Este recinto tenía un gran ventanal hacia el patio, que permitía la entrada de la luz del sol y la fresca brisa de San José. En el patio, convergían los techos de la vivienda y era un sitio de juego durante las frecuentes lluvias que se desgajaban sobre la ciudad. Recuerdo que Nora y yo, vertíamos detergente sobre las baldosas y nos deslizábamos sobre nuestras panzas, de una punta a la otra, aprovechando la abundante espuma, bajo las constantes advertencias de mi madre, por lo rudo de nuestros golpes contra los muros de la casa. La ventana que daba al patio, estaba como a metro y medio del piso y tenía una jardinera elevada, donde mamá cultivaba las flores de temporada.

Esa noche fuimos testigos mudos del pequeño drama que estaba desarrollándose en el comedor. Entre los quejidos de mi madre, los gritos de mi abuela y las órdenes de Hortensia, nadie nos prestaba atención. Y nosotros queríamos ver la llegada de nuestro hermanito. Así que, recuerdo nítidamente, los esfuerzos de mi hermana y míos por subirnos a la jardinera, para ver a través de los vidrios del ventanal del comedor, lo que allí acontecía. Nos ayudábamos uno al otro, haciendo “patas de gallina”, para curiosear el alboroto del nacimiento.

No logramos ver mucho, porque en uno de nuestros lances acrobáticos, mi propia madre se percató de lo que hacíamos y nos mandó a bajar y regresar a nuestras

camas. Solo pudimos entrar más tarde, esa madrugada, una vez que papá llegó a casa y nos llevó a conocer al bebé recién nacido, que llamaron Carlos Alberto.

Contenido

UNA PALABRA DE AGRADECIMIENTO	5
CUENTOS	9
¡DEME COBIJO, COMPA! ME VIENE PERSIGUIENDO	11
COVID LITERARIO	15
SCRIPTUS EVOLUTIO	21
MUERTE EN EL ANDÉN	25
#AREÓPAGOCIBERNÉTICO	29
SUEÑOS DE CATANIA	33
NOS ABANDONARON LOS DIOSES	39
DANZA BAJO LA LLUVIA	45
IARACURÍ, TIERRA DE MAGIA	47
PÁRAMOS ENCANTADOS	51
NO DEJARÉ QUE ME ARREBATE LOS SUEÑOS	53
ARREBATO MÍSTICO	57
LÁGRIMAS BENDITAS	61
¿QUÉ DIRÁN LOS VECINOS?	69
CARDIOIDES: EMBRIONES DE CORAZÓN	73
MATRAQUITA	77
MÉXICO	81
ELLA EN LA DISTANCIA	89
MICROCuentos	93
EL CELADOR DE TIGRES	95
DÉJÀ VU	97
PRÍNCESA ENCANTADA	99
AMERICANO FEO	101
ÚLTIMO TRAGO	103
ABANDONADO DE LA FORTUNA	105
SOBRE LOS ÁRBOLES	107
NADA	109
GÉNESIS	111
ESCRITOR	113
CRÓNICAS	115
TRES ENCUENTROS	117
APRENDIENDO A BAILAR	121
CAMPAMENTO YMCA	125
PARQUE LOS CHORROS	129
LA SILLA ELÉCTRICA	131
KINGSTON, JAMAICA	133
CARLOS ALBERTO	137

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 15 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1893 en que naciera Daniel Alvarado, el primer boxeador zuliano.